

Ilustración Artística

AÑO XXX

BARCELONA 6 DE FEBRERO DE 1911

NÚM. 1.519

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



EL PINTOR ANTONIO PESNE Y SUS HIJAS,
cuadro del mismo, existente en la Real Galería de Pinturas de Berlín

SUMARIO

Texto.—*Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *El Niño de la Campana*, cuento de Arturo Dourliac. — *Tancredo bautizando á Clorinda*. — *Actualidades catalanas. Una fiesta simpática en una fábrica. Sanatorio para tuberculosos.*—*Actualidades deportivas. La semana del Turing-Club de Francia en los Pirineos Orientales. Match internacional de football-rugby en Londres.*—*Un teatro ambulante.*—*El Caballero de la Rosa.*—*Monumento á los franco tiradores de las Ternas.*—*Lo que puede el amor* (novela ilustrada; continuación). — *El gran match en que el negro Johnson conquistó el campeonato del mundo.*

Grabados.—*El pintor Antonio Pesne y sus hijas*, cuadro del mismo. — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento *El Niño de la Campana*. — *Carmen*, escultura de Pablo Jukoff Skopau. — *Tancredo bautizando á Clorinda*, cuadro de Jorge W. Joy, inspirado en un episodio del poema «La Jerusalén libertada» de Torcuato Taso. — *Barcelona. Los cuatro obreros premiados de la fábrica Chamón y Triana. Banquet con que los Sres. Chamón y Triana obsequiaron á sus obreros.*—*Tarrasa. Grupo de autoridades é invitados que asistieron á la inauguración del Sanatorio para tuberculosos. Vista del Sanatorio.*—*Vernet les Bains. Ascensión al Canigó por los miembros del Turing-Club de Francia. En el monasterio de San Martín de Canigó.*—*Londres. Gran match internacional de football-rugby jugado en Twickenham entre un equipo francés y otro inglés.*—*El puñado de rosas*, cuadro de Carlos Vázquez. — *¡Ya está aquí papá!*, cuadro de C. Dalsgaard. — *Teatro popular ambulante. La sala de espectáculos.*—*El Caballero de la Rosa. Escena del tercer acto.*—*París. Monumento á los franco tiradores*, obra de Jouant. — *Match Jeffries-Johnson.*—*Jack Johnson y su esposa.*—*El negro Jack Johnson.*—*Me talló de Nuestra Señora del Platin, patrona de los aviadores.*

REVISTA HISPANOAMERICANA

Yanquis é hispanoamericanos: la dominación americana sobre los negocios del mundo: el Banco panamericano y los capitales europeos en América: movimientos de oposición á la tendencia expansionista de los yanquis. — *República Argentina*: los gastos extraordinarios y la desorganización administrativa: desarrollo de las fuerzas económicas. — *Chile*: el nuevo presidente y los partidos políticos. — *Uruguay*: situación de la República al empezar el año 1911: actitud del partido nacional: el problema político y el problema militar.

Por la prensa de América ha venido dando vueltas la noticia ó el extracto de cierto artículo que publicó no ha mucho un diario de los yanquis: el *Chicago Inter-ocean*.

Titulábase «La dominación americana sobre los negocios del mundo» y daba cuenta del proyecto que tenía el secretario de Estado Sr. Knox de crear un gran Banco internacional con intervención exclusiva de capitalistas y gobernantes de varios Estados del Nuevo mundo, y con firme propósito de impedir la ingerencia en él de los financieros europeos.

Había sido este plan el sueño dorado de Blaine, cuando fué también secretario de Estado; lo consideraba como el medio más eficaz de libertar á América de la influencia económica de Europa. Entonces no prosperó el proyecto; pero el secretario Root lo sacó á luz, y cuando hizo su excursión por Suramérica anunció que iba á recomendarlo á su sucesor Knox.

Parece que Knox consiguió que se adhiriesen al proyecto otras diez Repúblicas americanas; pero contaba con el concurso, que no encontró, de los grandes banqueros y negociantes yanquis, es decir, los Morgan, los Speyer, etc. Unos se negaron, otros exigieron condiciones que Knox no aceptaba por temor de que ofendiesen á las demás Repúblicas. Por ejemplo, el Sindicato Morgan pedía que se constituyese hipoteca sobre las aduanas ú otras rentas bien garantidas de cada una de las Repúblicas latinas, excepto México, Brasil y la Argentina, únicos países á los que el «Wall Street» facilitaría dinero á cambio de una emisión de bonos de los gobiernos respectivos.

Cuando en Europa se tuvo noticia de estas dificultades, hicieron proposiciones varias casas ó firmas acreditadas en las plazas de París y de Londres. Mas precisamente era esto lo que Knox no quería: los banqueros de Europa vienen dominando los negocios de Suramérica y en cierto modo la política de sus Repúblicas. Si ahora se les daba participación en el Banco, corrían peligro los Estados Unidos del Norte de que se les cerrase por completo las puertas de los mercados de la América meridional. Y es la inversa la finalidad que se persigue con este Banco panamericano; expulsar de América el capital europeo.

Considerable es, ciertamente, el negocio que podría hacer el Banco. Se calcula que los empréstitos que han de necesitar las Repúblicas americanas (excepto los Estados Unidos) desde hoy hasta 1920 sumarán unos 500 millones de pesos oro. La negociación de estos empréstitos y el interés del capital representan enorme ganancia, que no desdeñarían los banqueros y potentados yanquis si la situación económica y política de ciertas Repúblicas hispanoamericanas no les inspirara alguna desconfianza.

A la par del movimiento panamericanista iniciado y sostenido por los modernos políticos yanquis bajo su dirección y en provecho propio, se desarrolla y mantiene en América el movimiento de oposición y protesta contra la tendencia de aquellos á dominar económicamente en todas las Repúblicas hispanoamericanas. Para reforzar esa oposición y darle eficacia, se viene señalando la conveniencia de formar confederaciones, tal como la de Chile, Argentina y Brasil, capaces de contrarrestar el poder de la República del Norte, estableciendo equilibrio de fuerzas que imposibilite toda tentativa expansionista por parte de la última.

Como dice un periódico de Venezuela, *El Fonógrafo*, la constitución de un poder hispanoamericano que sirviera de valla á la marcha invasora de los Estados Unidos, sería un suceso trascendental en la vida de estos pueblos, que se verían libres de un peligro más ó menos inminente, dándose además un gran paso en el terreno de la confraternidad latina.

Allá en América y aquí en Europa, especialmente en Alemania y en Francia, los adversarios de la hegemonía yanqui en América invitan á la República Argentina á que tome la iniciativa en las negociaciones diplomáticas preliminares para constituir aquel poder.

La doctrina Monroe, que se quiso presentar como doctrina panamericana en la Conferencia de 1910 en Buenos Aires, no es más que una antigualla. Ningún americano, sea del Norte ó del Sur, que tenga sentido común y mediana cultura la puede tomar en serio. Hoy día, ni Europa amenaza á la integridad de América, ni los grandes Estados hispanoamericanos necesitan la protección de los yanquis. Se bastan y sobran, sobre todo si se alían ó confederan, para prosperar y engrandecerse con sus propias fuerzas, y para ofrecer noble y fraternal amparo, si lo necesitan, á las demás Repúblicas que aún luchan con dificultades económicas ó políticas de orden interno.

Continúa en auge la vida económica de la República Argentina. Aumentan de año en año las cosechas, el comercio y la población. Es constante el crecimiento de la inmigración española que se mantiene como primera en la estadística de entrada.

La gestión financiera del anterior gobierno fué poco afortunada. Del ministro de Hacienda se dijo que había desorganizado la administración haciendo sancionar leyes de gastos que suman decenas de millones de pesos.

Ahora, según declaró la Comisión del presupuesto para 1911, queda aplazado el cumplimiento de las leyes cuya ejecución no sea impuesta por una urgente exigencia pública; de esta suerte, con los propios medios, sin recurrir al crédito ni aun al uso de las autorizaciones que se le tienen concedidas para reintegrar la cantidad que el Tesoro hubiera anticipado, el gobierno podrá satisfacer todas las necesidades de la administración, y redimir íntegramente la deuda exigible, sin sacrificio de ningún género.

La nación argentina tiene elementos sobrados para consolidar una sana situación financiera, y lo prueba el hecho de que podrá saldar su ejercicio económico sin caer en el déficit ni recurrir al crédito, al menos en proporción digna de tomarse en cuenta, aun habiendo tenido que afrontar gastos extraordinarios de alguna consideración, sobrellevar además la pesada carga de las gruesas sumas dedicadas á los armamentos y entregarse de lleno á la ejecución de un vasto programa de obras públicas.

Por lo demás, las fuerzas económicas del país han alcanzado en este año su desenvolvimiento máximo. La situación financiera debe llegar á ser un reflejo de la prosperidad económica, si hay tino y seriedad en los procedimientos de los poderes públicos.

Ha terminado en Chile la interinidad presidencial. Muertos los Sres. Montt y Fernández Albano, se en-

cargó de la presidencia de la República el ministro de Justicia D. Emiliano Figueroa, que en 22 de diciembre hizo entrega del mando al nuevo presidente constitucional D. Ramón Barros Luco, hombre de setenta y cinco años de edad y de larga vida política. Ha sido presidente del Senado y del Consejo de Ministros y vicepresidente de la República, y ejerció provisionalmente las funciones de presidente durante ausencias del efectivo.

Cuando falleció Montt, se temió que, dada la situación de los partidos políticos, las elecciones para la presidencia ocasionaran disturbios. En efecto, había y hay en Chile seis partidos bien organizados y bien dispuestos siempre á la pelea para ganar influencia y puestos activos en la administración pública; son los liberales doctrinarios, los liberales demócratas, los montt-varistas ó partido nacional liberal moderado, los radicales, los demócratas puros y los conservadores ó católicos. Mas hubo la suerte de que todos los partidos liberales se pusieran de acuerdo y aclamaran como único candidato á Barros Luco, del partido liberal doctrinario, que quedó elegido sin oposición y sin conflictos de orden público, salvo en Temuco, donde vinieron á las manos radicales y conservadores, y hubo algunos muertos y heridos.

El nuevo presidente promete en su programa hacer política de concordia y hacer economías con objeto de restablecer el equilibrio en los presupuestos. Como hay obras públicas y armamentos de que no es posible prescindir, habrá que procurar mayores ingresos, aumentando los derechos de importación. Así la vida será más cara, pero tendrán los chilenos buenos puertos y fortificaciones, más ferrocarriles, grandes acorazados y muchos cañones.

De desear es que la coalición liberal hecha para elegir presidente perseverare bajo el gobierno del señor Barros y acabe de una vez la inestabilidad ministerial que tanto ha perjudicado en estos últimos años á los políticos chilenos.

* *

La prensa de Montevideo ha hecho el balance de 1910. Fué año muy mediano respecto á política interior.

Hubo épocas de revuelta y estuvieron de continuo frente á frente los dos partidos en que se divide la opinión uruguaya. Había empezado el año con formidable intentona de los nacionalistas radicales. Fracasó, y vino período de relativa calma. Pero la cuestión de elecciones para la presidencia de la República soliviantó á los adversarios de Batlle Ordóñez y en octubre surgió de nuevo la revolución. Duró poco; pero el malestar interno subsiste agravado por la abstención del partido nacional en los comicios en que debía elegirse y se eligió la Cámara electoral de presidente de la República.

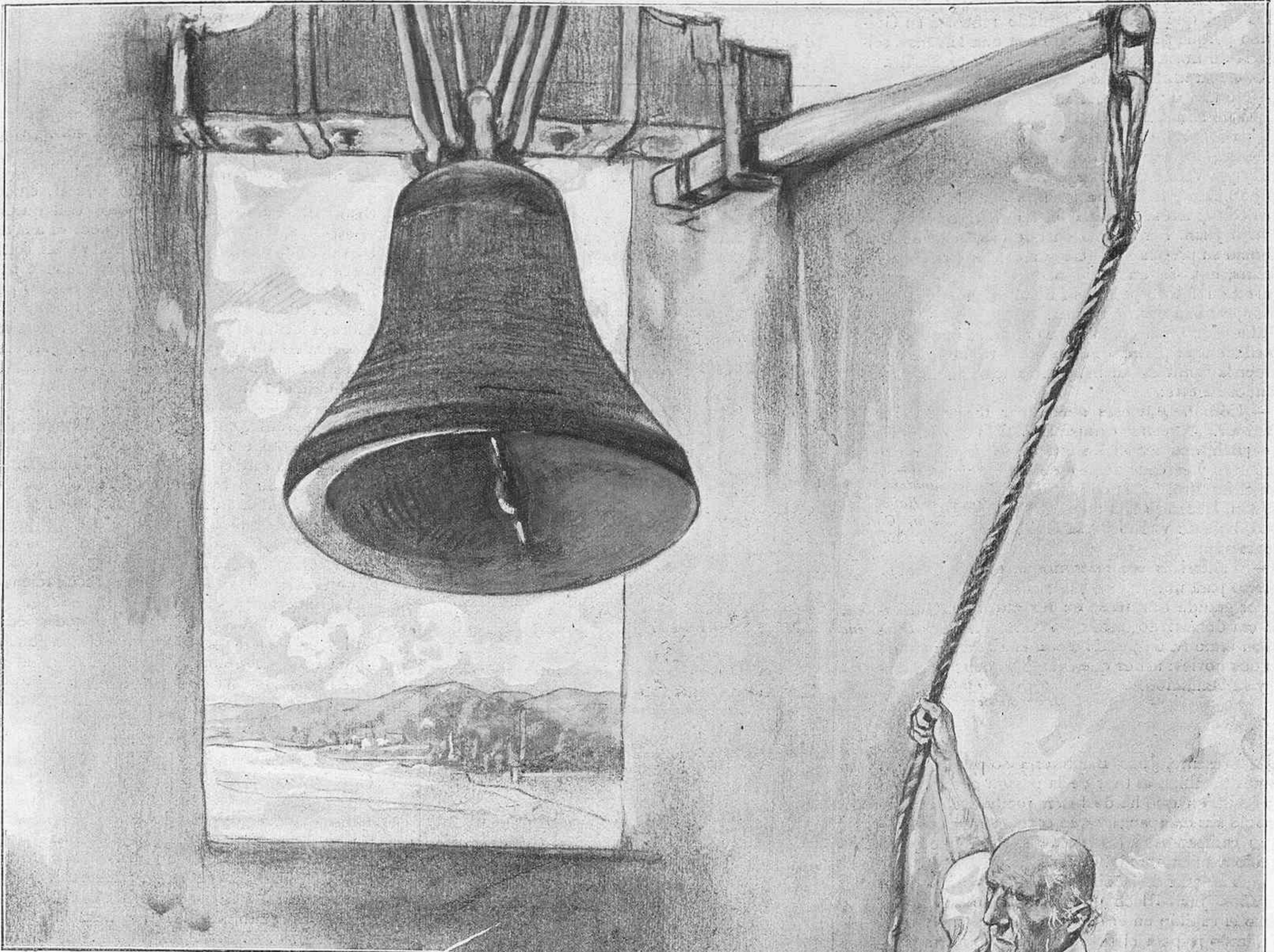
Así se explica el cuadro que traza de la situación presente el periódico órgano de la colonia española. La República del Uruguay, al empezar el año 1911, atraviesa por una delicada crisis política cuyas malas consecuencias son un estado como de guerra, que origina el aplanamiento de las industrias, del comercio, de las actividades, y agosta las principales fuentes de trabajo, de progreso y de riqueza del país. Por el momento, no se ve el final de esta penosa y triste situación. Veremos si 1911 se muestra más propicio para la avenencia de los bandos políticos y para el bienestar de la República.

La prensa nacional refleja idénticas impresiones. *El Siglo* reconoce y declara que el año 1911 se abre bajo malos auspicios y que el Sr. Batlle y Ordóñez, al asumir el 1.º de marzo la presidencia de la República, tendrá que prestar atención á dos problemas de vital importancia: un problema político, ó sea el de apaciguar los ánimos tan violentamente exaltados, y un problema militar, el de la reorganización del ejército sobre bases que le permitan ser garantía eficaz del orden público. Los nacionalistas no quieren ver sino el primero; los colorados tienen una especial inclinación al último; la tranquilidad del país pide que se les atienda por igual.

En suma, hace falta una política que suavice las pasiones fomentadoras del espíritu revolucionario y que dé al gobierno fuerza para sofocar dentro de breve plazo cualquier movimiento subversivo.

Pacificar moralmente la República, devolver la tranquilidad á los espíritus, llevar á todos los ánimos el convencimiento de que las diferencias políticas deben dilucidarse en el terreno pacífico y legal, este es, según *El Siglo*, el objetivo principal á que deben tender los esfuerzos del nuevo gobierno.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Y los nudosos puños bajan acompasados...

Vivos voco. Mortuos plango. Fulgura frango.

¡Din don! ¡Din don! Bajo el esfuerzo de los brazos vigorosos, las cuerdas se tienden y las campanas, puestas en movimiento, mezclan el grave sonido del bronce al fragor del majestuoso río cuya corriente agitada azota los pilares macizos del Puente Viejo. Todos los campanarios que á modo de sombreros puntiagudos se asoman por encima de los edificios de la austera ciudad de Basilea, Santa Isabel, San Leonardo, etc., se contestan unos á otros á porfía, pero ninguno puede competir con la voz robusta de la catedral y Juan Blach, el rey de los campaneros, sale siempre victorioso de aquel dominical torneo.

¡Din don! ¡Din don! Y los nudosos puños bajan acompasados, mientras que, con su cara bondadosa, radiante de satisfacción bajo su canoso cráneo, anima á sus discípulos, su hijo Guillermo y su nieto Valter, diciéndoles:

—¡Animo, muchachos, estas campanas tienen campaneros para tiempo!

Los Blach eran campaneros de la catedral desde tiempos inmemoriales: en 1501, cuando Basilea entró en la Confederación, fué un Pedro Blach quien, con sus alegres repiques, llamó al pueblo á regocijarse, y el viejo Juan Blach no andaba muy lejos de afirmar que cuando el famoso terremoto de 1356, que casi no respetó más que la catedral, debió ser uno de sus antepasados quien tocase á rebato.

Y es que Juan Blach estaba tan convencido de la importancia de sus funciones como de la grandiosidad de su país, á pesar de su exigüidad geográfica.

—Suiza, decía orgullosamente, es grande en altu-

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.



ra, es la catedral de Europa y las montañas son sus campanarios; pero si á Dios pluguiera allanarlas, llenaríamos todo el mapa.

De aquí que hubiese guardado rencor á su Guillermo porque se había casado con una badense, originaria de Lorrach, aunque domiciliada en Basilea desde hacía muchos años.

—No me gustan los extranjeros, decía con acento que no admitía réplica.

Y para hacerle desarrugar el ceño habían sido necesarios los repiques del bautizo de su nieto.

Porque Valter era su orgullo y su alegría: oficial relojero fino y hábil, era además notable campanero con quien sólo podía luchar victoriosamente el viejo Juan. Pero el día en que el muchacho le anunció su propósito de casarse con una rubia alsaciana, hija de un relojero de Estrasburgo que cedía á su futuro yerno su tienda y su clientela, prodújose una escena trágica.

El anciano, pálido, habíase erguido é imponiendo silencio al padre, que en vano trataba de defender la causa de su hijo, había exclamado dirigiéndose á éste:

—¿Cómo?.. ¿Quieres abandonar Basilea?.. ¿La catedral?.. ¿Nuestras campanas?.. ¿El viejo Rhin?..

—¡Bah, abuelo! El Rhin también pasa por Estrasburgo y el campanario de allí no vale menos que el nuestro, había contestado el joven.

Juan, lanzando una mirada fulminante al temerario, habíase vuelto hacia Guillermo, diciéndole secamente:

—Si autorizas ese matrimonio, mi nieto habrá muerto para mí.

Por grande que fuese su respeto filial, Guillermo era demasiado justo para ceder á aquella oposición inmotivada y sacrificar á ella la felicidad de los dos novios; así es que otorgó su consentimiento y su bendición.

Al presente, Juan Blach está solo; sus viejas manos tiemblan al tirar de la pesada cuerda, y en las fiestas en que ha de haber repique, él, tan celoso de sus campanas y que cerraba rigurosamente su campanario á los profanos, tiene que pedir auxilio á su camarada, el pertiguero.

Mas á pesar de la debilidad que consigo traen los años, Juan Blach quiere morir en su puesto como el capitán en el puente de su buque, y todo el mundo respeta el deseo del anciano campanero, que bastante cruelmente ha sufrido en aquel «Año terrible», terrible también para él.

Su hijo Guillermo sucumbió á los rigores del invierno inclemente y á la atormentadora angustia que le causaba la suerte de su Valter, encerrado en Estrasburgo sitiada y defendiendo valerosamente su patria adoptiva. Desde aquella muerte, el abuelo y la abuela no tienen noticia alguna del último de su raza.

Y si, como la abuela lo sueña algunas veces, el hijo pródigo llamase á la puerta de la casita, ¿se la abriría el abuelo?

¡No es muy seguro! El corazón humano tiene estas contradicciones.

¡Pero no! ¡Desgraciadamente no llamará! Guillermo y Valter están ahora reunidos en el cielo. Una bomba prusiana ha destruido el nido apenas terminado. De la nidada, ¿queda acaso un pajarillo?

—Debieras enterarte ahora que se puede entrar en la ciudad, aventuróse á decir á su marido la vieja Marta, que sabe aquellos tristes pormenores por los primeros refugiados.

Pero Juan, con un fruncimiento de cejas, llama al orden á su tímida compañera; ¡no, él no capitulará!

Pocos días después, tenía Juan Blach un singular hallazgo; al entrar una mañana en su campanario, vió, debajo de las abiertas fauces de la campana mayor, una linda criatura, metida en una cuna de junco y gorjeando como un pájaro parlero, mientras procuraba agarrar con sus rosadas manecitas la pesada cuerda que se balanceaba sobre su cabeza.

¿Quién lo había puesto allí? ¿Cuándo? ¿Cómo? Sólo el capellán, el pertiguero y él tenían las llaves del campanario, y él ninguna explicación podía dar, porque la víspera había estado fuera con licencia para ir á ver á un amigo enfermo en Delémont.

Y cuando el capellán preguntó emocionado:

—¿Quién se encargará de ese pobre niño?

Juan Blach respondió con voz un tanto ronca:

—Yo, si usted no se opone. No tengo hijos; esa criatura estaba bajo la protección de la campana y,

por consiguiente, bajo la mía; mi mujer y yo lo prohiéremos.

El capellán le estrechó la mano:

—Es usted un hombre excelente, Juan.

El campanero, disimulando una maliciosa sonrisa,



Carmen, escultura de Pablo Juckoff-Skopau

empuñó la cuerda con ardor de joven y dijo al pertiguero:

—¡Ea, compadre! ¡Un repique alegre por el Niño de la Campana!

No estaba, sin embargo, tan arrogante cuando entró en su casa; con cierta turbación presentó á su anciana compañera su «hallazgo», enredándose en las explicaciones y haciéndose un lío cuando hubo de referirlo con todos sus pelos y señales.

—Está bien, hombre, está bien, díjole Marta, lo criaremos... Al fin y al cabo lugar no falta.

Pero cuando Juan hubo salido, abrió un gran armario de roble, sacó de él una chambrita no terminada, la comparó con la que el niño abandonado llevaba puesta y moviendo su cabeza con piedad muy irreverente, exclamó, riendo y llorando á la vez y cubriendo de besos al Niño de la Campana:

—¡Dios mío! ¿Serán tontos los hombres?

¡El Niño de la Campana! Bien merecía este nombre el pequeño Juan, pues nunca un hijo sintió por su madre el cariño filial que él por la campana sentía. Así como los demás niños balbucean «papá» y «mamá», sus primeras palabras fueron: «¡Din don, din don,» sus primeros pasos tropezaron en las losas del claustro y sus primeros juegos fueron preparar á lo alto de las torres como un gatito joven ó ponerse á horcajadas sobre la campana mayor que como abuela indulgente consentía tales familiaridades. Poco aficionado á las diversiones y á los compañeros, paseábase gravemente con su «padrino» bajo los majestuosos arcos de la basílica, ó permanecía tranquilamente sentado junto á él en la plaza tomando el sol que asaeteaba con sus flechas de oro la verde superficie del Rhin, ó acariciaba dentro de su casa

las arrugadas mejillas de la bondadosa anciana, á la que llamaba «abuela.»

Esta, entre temerosa y encantada, cerrábale la boca con un beso murmurando:

—¡Cuidado! ¡Si «padrino» te oyese!

Ahora el pobre viejo, abatido junto á la camita blanca, el pobre viejo desahoga en sollozos la angustia que le oprime el alma.

—¡Señor, Señor, no me lo quitéis!

El pequeño Juan está enfermo, muy enfermo; la calentura abrasa sus miembros enflaquecidos, el delirio agita su cabeza y no conoce ni á la abuela, valerosa, infatigable, que renueva las compresas sobre su frente sudorosa y humedece sus labios secos, ni al «padrino», inerte, helado por el aire frío de las alas de la Muerte que se cierne sobre el lecho, al pobre viejo que se obstina en no moverse de allí, y que no aparta sus ojos, enrojecidos por el insomnio, de aquella camita blanca, en donde el niño gime levemente como pajarillo herido.

... De pronto, en medio de las fragorosas ráfagas del viento, parécete al anciano oír distintamente las notas sordas del toque de difuntos...; yérguese alocado, y cogiendo su manojó de llaves, vuela hacia la catedral... La puerta principal está abierta y á la pálida claridad de la luna que baña el viejo campanario, cree ver dos sombras que se mueven acompasadas.

—¡Guillermo, Valter!, exclama reconociéndolas. Y Guillermo le dice:

—Padre, rechazaste á tus hijos que obedecían la ley de Dios fundando á su vez una familia, y ahora vivirás sin familia, solo.

Y le dice Valter:

—Padre de mi padre, por celos has guardado á mi hijo para ti solo; nos has privado de sus oraciones y ahora ya no recibirás más sus besos.

—¡Perdón!, exclama el anciano anonadado, vencido. Sí, soy culpable, pero ¡por piedad, dejádmelo!

Las campanas siguen doblando desapiadadamente á muerto.

—¡Guillermo, hijo mío, bien sabes que yo habría perdonado..., que había perdonado ya cuando fuí á buscarlo á Estrasburgo, y que sólo por vanidad, por orgullo, por falsa vergüenza!..

—¡Pero Juan! En verdad que estás tú más enfermo que el niño... Te agitas, divagas...

El anciano campanero se despierta empapado en sudor; su mujer está á su lado mirándole inquieta.

Aquello fué un sueño, una pesadilla espantosa. Su adorado «nieto» está allí, en su camita blanca; duerme y su respiración es tranquila.

—¡Chis! Paréceme que está salvado, murmura Marta imponiéndole silencio.

El corazón de Juan quiere saltarse del pecho y el pobre viejo, ocultando su rostro entre las manos temblorosas de su compañera, solloza amargamente.

—¡Perdón, perdón! ¡Si supieras!

Marta se sonríe bondadosamente, con sonrisa de indulgencia para las debilidades del anciano esposo.

—Lo sé, lo sé todo! dícele afablemente.

Y como en aquel momento se despertara el niño balbuceando:

—¡Abuelita!

Marta clava una mirada de triunfo en el «abuelo» arrepentido y confuso, y con acento un tanto malicioso le pregunta:

—Qué, ¿habrá de seguir llamándote «padrino?»

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

TANCREDO BAUTIZANDO Á CLORINDA

(Véase la lámina de la página siguiente.)

El interesante cuadro de Joy interpreta á maravilla el episodio del grandioso poema *La Jerusalén liberada* en que está inspirado. Tancredo, el intrépido caudillo cristiano, hiere mortalmente, en un combate, á la hermosa y por él amada Clorinda, heroína sarracena, sin conocerla. Clorinda, moribunda, pide perdón para su alma y bautismo que lave sus culpas; Tancredo llena de agua su yelmo en un cercano río y al descubrir el rostro de la doncella para dar «con agua vida á quien dió el hierro muerte», la reconoce, y queda al momento «su voz inmóvil.»

Clorinda, al ser bautizada, siéntese invadida de inefable gozo; en el momento de morir «el cielo se abre (decir parece); allá en paz vuela,» y tendiendo su mano, como prenda de paz, al caballero, muere «y parece dormir la dama bella.»



TANCREDO BAUTIZANDO Á CLORINDA, cuadro de Jorge W. Joy inspirado en un episodio del poema «La Jerusalén libertada» de Torcuato Taso

ACTUALIDADES CATALANAS.—UNA FIESTA SIMPÁTICA EN UNA FÁBRICA.—SANATORIO PARA TUBERCULOSOS

Con motivo del traslado de su fábrica de contadores á un nuevo local, situado en la carretera de Sarriá, los Sres. Chamón y Triana organizaron una

Después brindaron el cónsul general, el electricista Sr. Gener y otros, todos haciendo votos por la prosperidad de la fábrica.

Por la tarde, la señora de Triana repartió juguetes á los niños de los obreros y luego se celebró un animado baile.

La fiesta, como hemos dicho, resultó altamente simpática y por ella merecen los más entusiastas plá-

corporaciones, el diputado á Cortes Sr. Sala y distinguidas personalidades. Después de bendecidas por el obispo Sr. Laguarda la capilla y la casa, reuniéronse los invitados en la sala de la Dirección, en donde pronunciaron elocuentes discursos el presidente de la Junta Sr. Vidal y Ribas, el conde de Terroella de Montgrí, el gobernador civil Sr. Portela y el Dr. Laguarda, encomiendo la obra realizada por el Patronato.

El Sanatorio está situado en el Manso Viver, entre



Barcelona.—Los cuatro obreros de la fábrica Chamón y Triana premiados con un diploma y una cantidad en metálico en recompensa de los años de buenos servicios prestados en la casa.

fiesta en extremo simpática que se celebró el día 29 del pasado enero.

Comenzó por un banquete de 310 cubiertos, al que concurrieron el cónsul general, el cónsul y el vicedcónsul de Francia, los presidentes y directores de varias sociedades francesas, el Sr. Triana y el director de la fábrica Sr. Almagro con sus distinguidas esposas, el personal de las oficinas y todos los obreros de la fábrica, en número de 250. Durante la comida, que se efectuó en el departamento de fundición vistosamente adornado con guirnaldas y banderas españolas y francesas, tocó escogidas piezas la banda «L'Harmonie Française» que al entrar los invitados ejecutó la Marsellesa y la Marcha Real.

Al descorcharse el champaña, el Sr. Triana, en un elocuente brindis, dijo que el Consejo de la Compañía había aceptado su proposición de recompensar á los obreros más antiguos de la casa é indicó los nombres de los agraciados en el presente año; seguidamente el cónsul general fué llamando á los premiados y repartiendo entre ellos los premios por el orden siguiente: Sr. Bell, que lleva treinta y cuatro años en la fábrica, diploma de honor y mil pesetas; Sr. Herbain, que lleva veinticinco años, diploma y mil pesetas; Sr. Trulla, que lleva veintinueve años, diploma y quinientas pesetas, y Sr. Castellví, que lleva veintiocho años, diploma y quinientas pesetas.



Banquete con que los Sres Chamón y Triana obsequiaron á sus obreros con motivo del traslado de local de su gran fábrica de contadores

cemes los Sres. Chamón y Triana, que tanto se interesan por el bienestar de sus obreros.

Con gran solemnidad inauguróse el día 29 de enero último el Sanatorio para tuberculosos, instalado en un espacioso edificio adquirido por el Patronato de Cataluña contra la Tuberculosis en las inmediaciones de Tarrasa. Al acto, que fué presidido por el Sr. conde de Torroella de Montgrí en representación de Sus Majestades los reyes de España, asistieron, además de las juntas del Patronato, las autoridades de Barcelona, delegados del Ayuntamiento, de la Diputación y de otras

Tarrasa y Sabadell, ocupa una situación topográfica excelente y se halla rodeado de bosques. En la planta baja hay una gran sala, dos comedores, la cocina y el departamento para la producción de la electrici-



Vista del Sanatorio

dad; en el primer piso están la sala despacho de la Dirección, las habitaciones para los enfermos, todas espaciosas y bien ventiladas, y las salas de baños. Alrededor de todo el piso hay magníficas galerías que comunican con las habitaciones.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al dar cuenta de la inauguración del Sanatorio, se complace en tributar al Patronato su más entusiasta aplauso y su felicitación más sincera, por la meritisima obra que ha llevado á cabo.—S.



Tarrasa.—Grupo de autoridades é invitados que asistieron á la solemne inauguración del Sanatorio para tuberculosos

ACTUALIDADES DEPORTIVAS.—LA SEMANA DEL TURING-CLUB DE FRANCIA
EN LOS PIRINEOS ORIENTALES.—MATCH INTERNACIONAL DE FOOTBALL-RUGBY EN LONDRES



Vernet-les-Bains.—Ascensión al Canigó efectuada por los miembros del Turing-Club de Francia

La sociedad deportiva parisiense Turing-Club de Francia ha organizado la Gran Semana de deportes de invierno en los Pirineos Orientales.

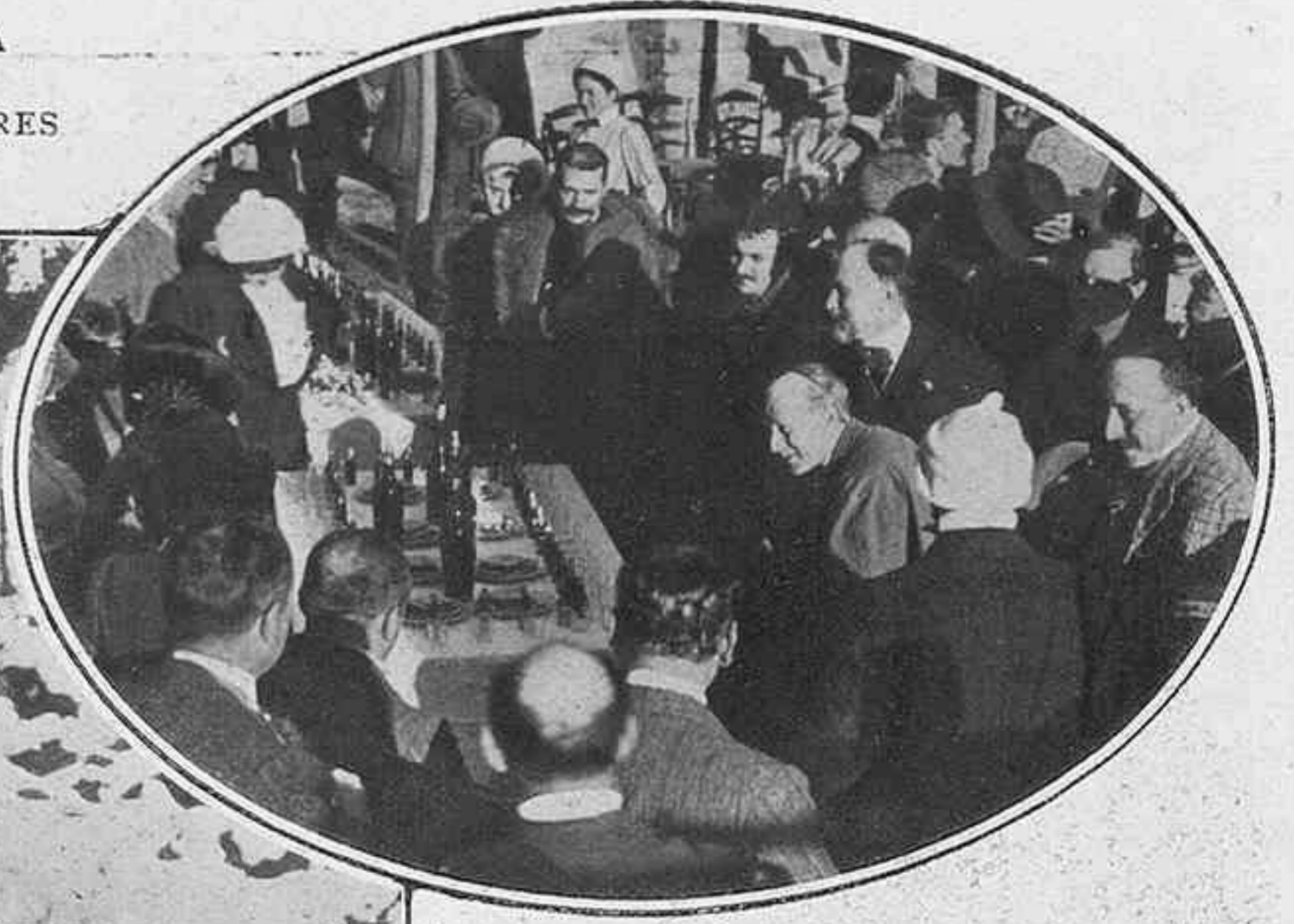
Salidos los expedicionarios de París el día 28 de enero último, llegaron a la mañana siguiente a Vernet-les-Bains, dedicando aquel día a una excursión al monte Canigó.

De una interesante correspondencia que el enviado especial de *L'Auto*, de París, ha enviado a este importante periódico traducimos los siguientes párrafos que hacen referencia a esta expedición.

«He creído durante mucho tiempo, y no he sido el único en Francia, que la Riviera tenía el privilegio exclusivo de las mimosas, de las palmeras y de las flores en todas las estaciones; y ha sido preciso para desengañarme que el Turing-Club haya tenido la feliz idea de traernos a Vernet-les-Bains. Figuraos en un profundo valle, rodeado de nevadas cimas una población lindísima que, a pesar de la construcción de lujosos hoteles, ha sabido conservar todo su color local, su iglesia posada en una altura y agrupadas alrededor de ella viejas casas como las que hace ya siglos construían los catalanes. Y en el magnífico par-

pados por ingleses y americanos. Decididamente no hay como los franceses para no conocer Francia. Bien es verdad que acaso exagero algo al decir Francia; aquí estamos en Cataluña, en plena Cataluña, según nos lo hizo comprender el doctor Alfredo Meillon, que llevaba la cabeza cubierta con una *barretina* catalana, encarnada y negra, gorro pintoresco que seguramente hará furor en París, porque, como pueden figurarse, todos nos hemos provisto de él.

«¿Es la influencia del clima? ¿Es el temperamento catalán que se adueña de nosotros? No lo sé, pero el estado moral de la caravana es excelente. El viaje de París aquí ha sido delicioso, lo que no nos sorprende ya que lo organizó el Turing-Club. Una noche en ferrocarril es siempre pesada y sin embargo los turistas de ambos sexos no han vacilado en hacer esta tarde la excursión a una de las estribaciones del Canigó para ir por entre la nieve, porque de nieve están cubiertos los alrededores del Vernet, a visitar el monasterio de San Martín del Canigó. Todos dieron pruebas de valor y de resistencia; felicitarles por ello sería pueril ¿caso no están dispuestos a afrontar los Pirineos en toda su grandiosidad?



En el monasterio de San Martín de Canigó.—El obispo de Perpignán, monseñor Carselade, bendiciendo a los expedicionarios. (De fotografías de Branger.)

Después de hacer una ligera reseña histórica del monasterio añade:

«Más adelante, el monasterio cayó en ruinas y hasta 1901 no lo visitó monseñor Carselade du Pont, obispo de Perpignán. Arqueólogo distinguido, ferviente hijo adoptivo de Cataluña, el prelado quedó seducido por aquel monumento y enamorado, como él mismo nos ha dicho, del monasterio; y soñando con restaurarlo, puso manos a la obra y en siete años consiguió dotar a Francia de una admirable reconstrucción de arquitectura romano bizantina uno de los pocos monumentos de este género que en Francia existen.

«Allí nos ha recibido con gran pompa. Mientras escalábamos penosamente la cuesta que conduce al monasterio, retumbaba el cañón en lo alto del campanario sobre el cual flotaba la bandera del Turing-Club, y sonaban las campanas. En la terraza del monasterio se nos sirvió una merienda y el digno obispo puso toda su coquetería en hacernos saborear los más famosos vinos de Cataluña, mientras nos contaba el amor que sentía por su montaña y la alegría que se había apoderado de él a medida que del montón de ruinas surgía y se alzaba la sobria elegancia de San Martín de Canigó.»

El día 28 de enero último jugóse en Twyckenham (Londres) un *match* de football-rugby entre un equipo francés y otro inglés. Esta lucha deportiva internacional despertaba gran interés porque los ingleses tenían gran empeño en vencer a sus adversarios, que, pocas semanas antes, habían derrotado en Colombers (Francia) a un famoso *team* escocés. Y hay que confesar que el desquite fué completo, pues Inglaterra logró 37 puntos sin que el bando contrario consiguiese uno solo.

Los franceses explican su derrota diciendo que tres de sus



Londres.—Gran match internacional de football-rugby jugado en Twyckenham el 28 de enero último entre un equipo francés y otro inglés
Una jugada interesante: un francés *plaqueé* por un inglés. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

que que rodea un bonito casino, mimosas en flor, palmeras al aire libre, eucaliptos, un verdadero rincón de la Costa Azul perdido en la montaña.

«Y el colmo de la sorpresa para nosotros que ayer todavía desconocíamos Vernet-les-Bains fué encontrar los hoteles ocu-

«Pero hoy toda nuestra atención ha de ser para San Martín de Canigó, primero porque hemos aprendido hoy que Francia contaba en su historia con un nuevo Bruto y segundo porque recordaremos durante mucho tiempo el recibimiento que allí se nos ha dispensado.»

más hábiles jugadores se excusaron por varias circunstancias pocas horas antes de emprender el viaje, teniendo que ser substituidos por otros a toda prisa; además en la primera mitad del partido fueron heridos otros tres que apenas pudieron, por esta razón, tomar parte en la lucha.



EL PUÑADO DE ROSAS, cuadro de Carlos Vázquez. (Exposición de la «Sociedad Literaria y Artística de Cataluña.» Salón Parés. 1911.)



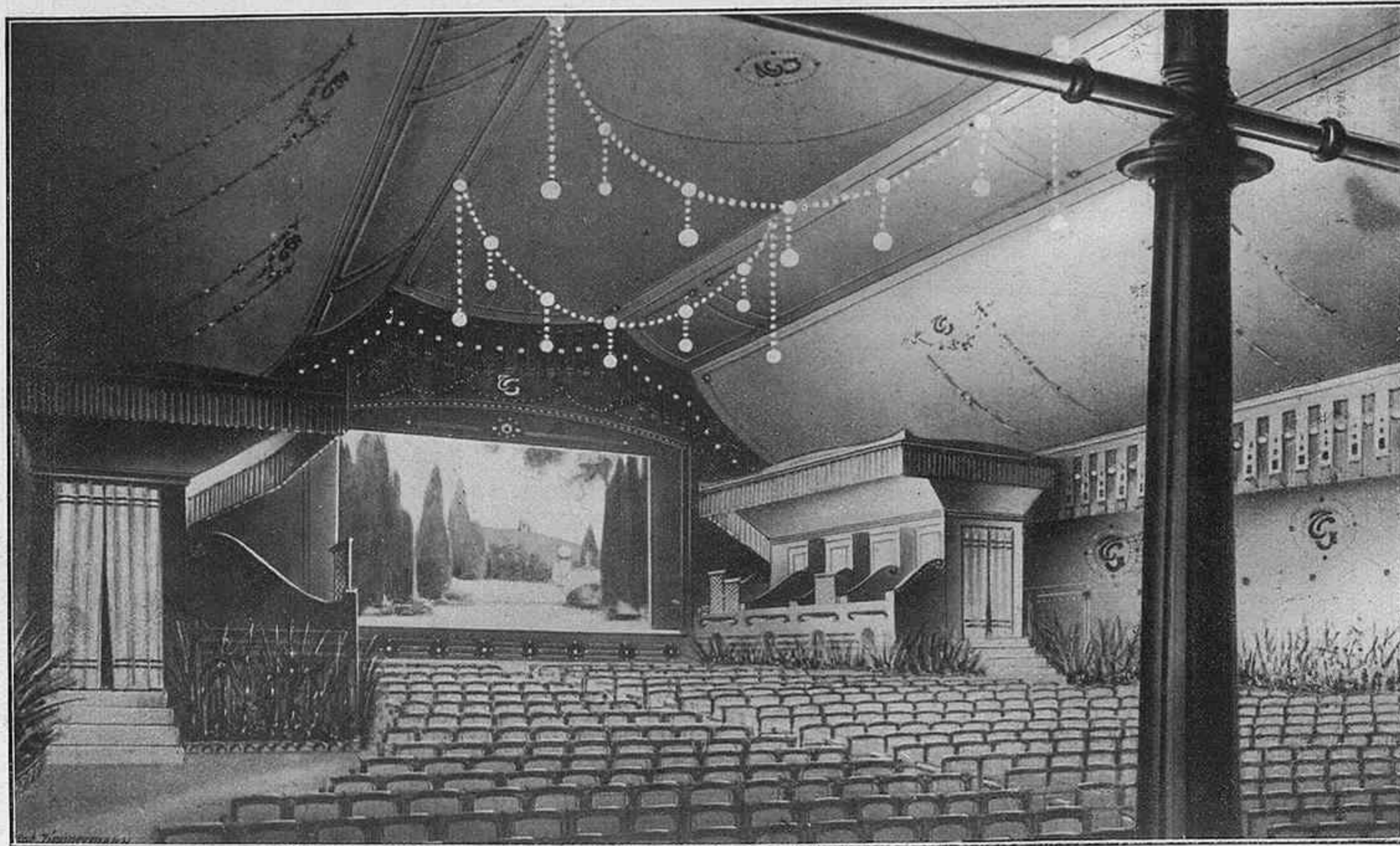
¡YA ESTA AQUÍ PAPÁ!, cuadro de C. Dalsgaard

UN TEATRO AMBULANTE

El notable actor parisiense Gemier concibió hace tiempo el proyecto de crear un teatro popular ambulante que diese a conocer en toda Francia, incluso en las poblaciones más modestas, las mejores obras del repertorio francés representadas por una excelente compañía y puestas en escena con todos los re-

Cada semana el teatro ambulante funcionará en tres poblaciones, permaneciendo dos días en cada una de las dos primeras y tres en la última.

El repertorio será á la vez clásico y moderno y Gemier se propone crear para su teatro un repertorio nacional, pidiendo al efecto á los más reputados autores obras inspiradas en las grandes leyendas nacionales.



Teatro popular ambulante organizado por el actor parisiense Gemier
Vista de la sala de espectáculos. (De fotografía de la Vda. L. Harlingue)

quisitos necesarios. Durante cinco años ha ido madurando su plan, estudiando en unión de los técnicos los múltiples y difíciles problemas que para su realización se planteaban, y al fin ha conseguido vencer todas las dificultades de tal manera que el teatro ambulante comenzará á funcionar en el mes de mayo.

El convoy del material comprenderá veintiún vagones que ocho locomóviles arrastrarán por las carreteras y demás caminos y aun á través de los campos. Este convoy llevará la sala de espectáculos, el escenario, el almacén de decoraciones de 7'20 metros por 2'40, un almacén de muebles, otro de accesorios y una máquina eléctrica, los cuartos de los artistas, el depósito de trajes, y dos vagones especiales que, colocados junto al escenario, formarán una serie de ocho palcos.

La sala de espectáculos, en forma de tienda-anfiteatro, es de madera y tela impermeable, con palcos y butacas y puede contener 1.650 espectadores. Como dependencias accesorias tiene vestíbulo, buffet, retretes higiénicos, etc.; cuenta, además, con instalaciones para la calefacción central y para la extinción de incendios. El montaje de todo se hará en seis horas.

El personal constará de sesenta montadores y maquinistas, sin contar con los electricistas los mecánicos y los empleados del escenario. La compañía se compondrá de veinte actores, con sus administradores y apuntadores.

EL CABALLERO DE LA ROSA

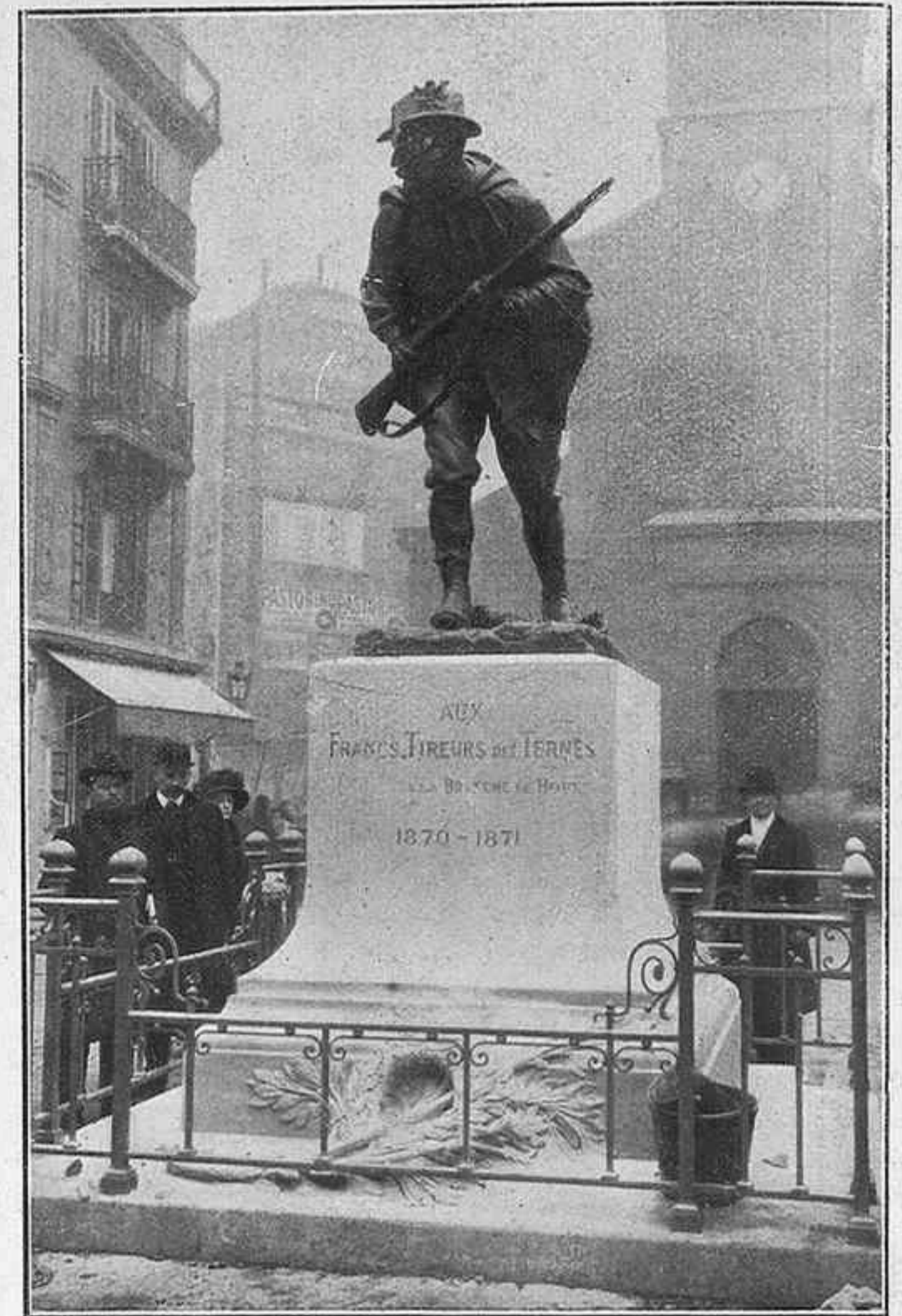
En el Teatro Real de Opera de Dresde se ha estrenado recientemente con éxito extraordinario la ópera en tres actos de Ricardo Strauss *El Caballero de la Rosa*. El poema es original de Ilugo de Hofmannsthal, el mismo autor de *Elektra*, está inspirado en la crónica galante de Viena y su acción se desarrolla en tiempo de la emperatriz María Teiesa.

La mariscal, princesa de Werdenberg, dama de alguna edad, pero todavía hermosa, se ha enamorado de su joven primo el conde Octavián. Durante un coloquio amoroso de estos dos personajes, oyese gran ruido en la antesala; es el barón Ochs de Lerchenau, viejo hidalgo de provincia, pariente lejano de la princesa que, desconocedor de las reglas de etiqueta, quiere forzar la consigna y penetrar en la estancia en donde se hallan los dos enamorados. Para evitar un escándalo, Octavián se disfraza de mujer y pasa por camarista de la mariscal; el barón, que repentinamente se prenda de él, expone á la princesa el objeto de su visita: va á casarse con la linda Sofía, hija de Faninal, proveedor del ejército de los Países Bajos, recientemente ennoblecido y desea que la princesa le indique un caballero joven que, siguiendo la costumbre vienesa, entregue á la novia la rosa de plata emblemática; la princesa le designa á

rosa, acepta la cita en el Práter de su amante, la cual reflexiona con pena el estrago que en ella van haciendo los años.

En el segundo acto la escena pasa en casa de Faninal. Este se siente orgulloso del enlace de su hija con el barón; Sofía, dotada de singular belleza, inocente y cándida, se alegra de la boda como de una diversión desconocida. Llega el Caballero de la Rosa, guapo, elegante y entrega la flor á la joven, quedando al punto enamorado de ella, como ella lo queda de él. En esto un matrimonio italiano, Valzacchi y Anina, confiando en la generosidad del barón, hace que éste sorprenda á los jóvenes enamorados y provoca á Octavián, quien le hiere levemente en desafío. Faninal, desesperado al ver que se desvanece el sueño tan ardientemente acariciado, amenaza á Sofía con encerrarla en un convento; mientras los intrigantes italianos, convencidos de que el barón es un avaro, se preparan á urdir un nuevo complot, pero esta vez en favor de Octavián.

En el tercer acto, Octavián, para vengarse del barón, vuel-



París —Monumento á los franco-tiradores de las Ternes que murieron en la guerra de 1870-71. Obra de Jouant, inaugurada el día 29 de enero último. (De fotografía de Rol.)

ve á ser la camarista Mariandl y cita al viejo en una posada de arrabal, en donde se han preparado toda suerte de tretas para atterrarle; y cuando el ridículo Ochs ha llegado al paroxismo del terror, preséntanse una desconocida afirmando que ha sido por él abandonada y una multitud de chiquillos que le gritan «¡Papá, papá!» Acude la policía, pero la llegada de la princesa y de Faninal pone término al escándalo y al fin todo se arregla casándose Octavián con Sofía.

Sobre este poema ha escrito el genial Strauss una partitura bellísima, aunque bien distinta de sus obras anteriores; lo que en éstas era grandiosidad, horror, monstruosidad, es en *El Caballero de la Rosa* melancolía para expresar un amor que muere y ternura y pasión para traducir un amor que nace; hay además en ella multitud de motivos alegres, juguetones, admirablemente adecuados á las situaciones cómicas. La instrumentación es magistral y dentro de su brillantez sorprende por su sencillez y su serenidad.

La interpretación y la *mise en scène* de la ópera son superiores á todo encomio.

MONUMENTO Á LOS FRANCO TIRADORES

DE LAS TERNES

En honor de los franco tiradores de las Ternes muertos durante la guerra franco prusiana se ha erigido en París un monumento cuya inauguración se efectuó el día 29 de enero último. La ceremonia fué presidida por un delegado del ministro de la Guerra y á ella asistieron representantes del Ayuntamiento de París y de algunas sociedades patrióticas y varios diputados.

Después que hubieron desfilado por delante del monumento los sobrevivientes del batallón de los franco tiradores, pronunciaron elocuentes discursos el Sr. Rogier, presidente del Comité, haciendo entrega del monumento á la ciudad de París; el Sr. Bellán, presidente del Consejo municipal parisiense, agradeciendo, en nombre de aquella, el acto de patriotismo del Comité; el Sr. Pugliese-Conti, diputado é iniciador del monumento, ensalzando el heroísmo de los franco tiradores; el Sr. Hurcourt, en nombre de la Liga de Patriotas, relatando las hazañas realizadas por aquellos héroes que fueron sus compañeros, pues él también formó parte del batallón; el Sr. Henault, exteniente de franco-tiradores, y el Sr. Moncel, presidente de los Veteranos del décimoséptimo distrito, dedicando sentidos recuerdos á los que dieron sus vidas por su patria.

Terminó el acto con el desfile de las delegaciones patrióticas entre las aclamaciones de un público numeroso.

El monumento es obra del escultor Jouant y representa en acecho sobre un pedestal, á un franco-tirador, que ostenta en su sombrero la legendaria ramita de acebo. Ha sido erigido en la avenida de las Ternes, delante de la iglesia de San Fernando.



El caballero de la rosa, ópera de Ricardo Strauss recientemente estrenada con gran éxito en Dresde
Una escena del tercer acto: el barón Ochs después del conflicto. (De fotografía de Argus.)

Según sean los resultados del primer año, Gemier se propone formar otros dos teatros ambulantes uno de los cuales llevará una compañía completa de ópera cómica.

Octavián haciendo notar que tiene gran parecido con Mariandl, la supuesta camarista. Parte el barón y Octavián, que ha recobrado su verdadero aspecto y se dispone á llevar á Sofía la

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

—Mírame, Rita; de rodillas te pido perdón y te ruego que en todos tus apuros acudas a mí como a un hermano, como al amigo más leal. Prométeme que me dirás si en alguna ocasión te ves necesitada, ó te faltan las fuerzas ó el trabajo. Dame, como despedida, ese único consuelo.

—No, eso no puede ser..., contestó Rita con orgullo. Pero ¿á qué viene ese empeño en verme desgraciada? ¿Crees que por no ser tu mujer ha de serme imposible la vida? ¿Es que no te cabe en la cabeza que lejos de ti pueda yo hallar la paz y el sosiego que necesito?

Cayetano se mordió los labios por no pronunciar el odioso nombre de Boulanger. Rita quitó suavemente sus manos de entre las ardorosas del joven y añadió:

—Haz propósito de no desviarte un punto de lo que has determinado y también tú hallarás la tranquilidad...

Diciendo esto miró por última vez á Cayetano y salió con paso firme de la ermita. El sin ventura quedó inmóvil, vió cómo se alejaba para siempre del espacio que la separaba del bosque, y perderse luego entre los árboles. Sintió ganas rabiosas de llorar, de destruir, de que se lo tragara la tierra; y era que le apretaba el corazón, y se lo desgarraba como si tuviera uñas de acero, ese hondísimo y desesperante sentimiento que causa los dolores más grandes y que arrastra á veces á la locura: la impotencia para reconquistar el bien perdido; el sentimiento de la propia debilidad ante lo que no tiene remedio. ¡Ah! ¿Por qué no podía él abarcar y apretar entre sus manos desesperadas el mundo, el universo todo?... Los cielos y la tierra caerían allí mismo, á sus pies, hechos pedazos...

Rita había decidido dedicar á sus padres los últimos días que le quedaban de estar en el pueblo. Su madre no podía comprender el motivo de su viaje. Verdad es que, entregada por completo al cuidado de su esposo, que embargaba todo su pensamiento, no tenía tiempo para grandes cavilaciones. A Rita la había amonestado de vez en cuando porque no veía la utilidad de la marcha. ¿Qué necesidad tenía ella de ser institutriz? ¿No habían vivido bien hasta allí, á Dios gracias? Pero las objeciones fueron cada día más débiles; el empeño y los argumentos de Rita más firmes, y á la postre la madre cedió, bendiciendo los nobles y á propósito de la muchacha.

Contra seguía, como antes, tan apático é indiferente á todo lo que ocurría á su alrededor, y no se percataba siquiera de la presencia ó ausencias de su hija.

Las buenas amigas de Rita se encargaron de arreglar á ésta su ropa y vestidos de viaje, con ayuda de doña Juana, y así pasó el tiempo y llegó la hora de la partida, y la joven vió estrechada por última vez en los brazos de Emilia y de Elsa.

—Prométenos que volverás, Rita, si la casa no te gusta ó no te hallas entre extraños..., le decían, con los ojos llenos de lágrimas.

Rita contestaba con la cabeza, pues el llanto la ahogaba.

Carlos la acompañó en el coche hasta la estación; era la primera vez que la joven salía fuera de su pueblo, y ni siquiera había visto el tren. Miranda la colocó en un departamento y después de haberla recomendado al revisor, dándole una espléndida propina, tornó á buen paso á Alameda.

VII

Cuando Carlos hubo desaparecido del andén, Rita, pensando en que ahora empezaba su lucha por la vida, apretóse contra el ángulo del vagón y dejó vagar su vista por aquel hormiguero de gente extraña, que iban y venían con sendos paquetes, líos ó maletas, abrían y cerraban las portezuelas, reían, lloraban ó daban gritos infernales. ¡Dios mío, qué baratúnda! Unos pollitos curiosos que paseaban arriba y abajo por el andén, se detuvieron á contemplar á la linda viajera é intentaron subir á su departamento; pero un grave «¡Reservado de señoras!» que dejó oír el solí-

cito revisor los obligó á buscar nido en otro coche.

Rita no vió un alma en casi todo el viaje; sólo en pocas estaciones, y para trayectos cortos, vino á interrumpir su soledad alguna que otra viajera, y ya eran las siete de la mañana cuando el tren se detenía en Madrid.

La joven no se atrevía siquiera á suponer que alguien la esperara, y tuvo miedo al verse tan sola; el ejemplo de los demás le daba ánimo, pero al abrirse las portezuelas y observar aquel inmenso gentío de viajeros y empleados, le pareció que se le iba la cabeza. Toda confusa se mezcló en la corriente de los que salían, y no tardó en verse rodeada de una muchedumbre de mozos, cocheros y algunos aprovechados ganapanes, que comprendiendo la ignorancia y candidez de la joven, se disponían á hacer negocio redondo.

Rita no atinaba, no sabía de quién echar mano; ninguno de aquellos hombres le inspiraba confianza, y ya estaba roja como una amapola cuando de pronto, como llovido del cielo, apareció ante ella el mismísimo Enrique Boulanger.

¡Qué sorpresa!.. Pero Enrique hubiera podido muy bien acudir antes en socorro de la joven; pues en lugar de dirigirse á París, como había dicho, tomó el tren para la corte, y hacía rato que observaba con fruición los apuros de la viajera. El muy ladino se había propuesto, sin embargo, no salir á escena hasta que Rita se hubiera dado buena cuenta de su desamparo, para ser recibido como el salvador y único apoyo en tal trance. Saludóla con el mayor respeto y dijo, haciendo como si estuviera maravillado:

—Señorita, ¡qué feliz casualidad!

Al acercarse tan elegante caballero desapareció como por encanto el enjambre de molestos abejorros que zumbaban alrededor de Rita. Boulanger hizo señas á un cochero y, después de arreglado el equipaje, preguntó á aquella:

—¿Dónde ha de conducirla?

Rita sacó una tarjeta y se la alargó á Enrique, el cual leyó las señas de la casa y el nombre de los dueños: «Señores condes de Campollano, calle de Alcalá;» y, después de pagar al cochero, comprendiendo que la joven iba algo contrariada porque hubiera preferido pagar de su bolsillo la carrera, dijo respetuosamente:

—Espero verla á usted con frecuencia, y deseo que me trate usted como á un antiguo amigo de la «tierruca.»

Contestóle Rita dándole gracias por sus atenciones; él se despidió haciendo una profunda reverencia, y le dejó en silencio después paraba el carruaje delante de un elegante portalón.

El cochero hizo sonar el látigo y llamó dos veces desde el pescante; pero viendo que nadie acudía por el equipaje de la viajera y acordándose de la buena propina con que le había agasajado Boulanger, cargó con el baúl y se detuvo en la portería. A sus voces salió un hombre ya maduro, en mangas de camisa, con delantal y un gran plumero en la mano:

—¿Los señores de Campollano?

—En el principal.

—Vamos, arriba, señorita, dijo el cochero dirigiéndose á la escalera. Todos éstos son una cuadrilla de vagos... ¿Qué trabajo le costaba á ese zángano subir el baúl?

Al llegar á la puerta del principal dió un fuerte campanillazo, y no tardó en aparecer un criado con cara de pocos amigos.

—Hombre, ¡vaya un modo de escandalizar á estas horas!.. ¿Por qué no ha subido usted por la escalera de servicio?

El cochero, sin decir una palabra y riendo burlesco, echó el baúl al suelo y bajó diciendo:

—¡Que se le pase pronto el mal humor!..

El corazón de Rita se quedó como un piñón de encogido ante aquel recibimiento: si así era la servidumbre, ¡qué tal serían los amos!.. Dominó su emoción á la nueva institutriz.

—Soy la nueva institutriz... Haga usted el favor de enseñarme en dónde está mi cuarto y de enterarse á qué hora puede recibirme la señora.

El criado se inclinó ligeramente, pero no se movió, y ya acudían otros de sus compañeros á curiosarse cuando acertó á pasar una de las doncellas de la casa, que después de enterarse de quién era Rita, la

saludó cortesmente, le tomó de la mano el saquito de viaje y la capa y ordenó á los criados que llevarsen el baúl á la habitación de «mademoiselle.»

—Hasta las once no verá usted á los señores, añadió, dirigiéndose á la recién llegada; mientras tanto yo le prepararé el desayuno y puede usted descansar esas horas.

Luego condujo á Rita á su cuarto, entornó la puerta y desapareció. La joven examinó con interés su nueva estancia, adornada con muebles elegantes y coquetones, pero que era bastante reducida y oscura; pues su único balcón daba á uno de los patios interiores.

Apenas había Rita concluido su tocado, cuando reapareció la doncella trayendo en una bandeja el chocolate, bizcochos y tostadas.

—Si necesita usted algo no tiene más que tocar aquel timbre. Ya vendré á avisarle cuándo se haya de presentar á los señores.

Instalada ya la viajera y algo más tranquila, sentóse con buen apetito á tomar su desayuno, mientras Pilar, la doncella, rodeada de los demás compañeros en la cocina, decía con aire de profetisa:

—Ésta no estará mucho tiempo; es demasiado guapa, y me parece que la señora le dará pronto la boleta.

Acercóse luego á la puerta, sacó medio cuerpo hacia el pasillo y estiró el cuello prestando oído; convencida de que no se movía una mosca, volvió al corro y añadió haciendo un gesto significativo:

—Después de todo no se puede tomar á mal que la señora se ande con tantas precauciones: más vale precaver que remediar.

Los criados la miraron con sorna; pues también ella era más guapa de lo que convenía á las circunstancias, y no pudieron menos de decirle:

—Pues es un milagro que tú hayas sabido hasta ahora conservar el puesto.

—Porque la señora sabe que conmigo no hay peligro, respondió la doncella con retintín; á mí no me asusta...

—Una «miss» tan bonita ya tendrá novio, y habrá venido aquí á esperar la hora de la boda; el mejor día se larga...

A las once llamó Pilar á la puerta de Rita, y después de pedir permiso para entrar le dijo:

—La señora la espera, y allí encontrará usted también á los niños. Le advierto, «mademoiselle,» que están muy armados y son vivos de genio: ya tendrá usted que armarse de paciencia...

Y movida á compasión al ver la cara de miedo que ponía la joven, continuó:

—Si logra usted hacerse querer de los niños, no estará del todo mal. ¿Es esta su primera plaza de institutriz?... ¿Sí? Los principios son siempre difíciles...

Yo la ayudaré á usted en todo lo que esté en mi mano; y no se ofenda por el ofrecimiento; pues aunque sea inferior á usted en la casa, puedo advertirle muchos inconvenientes que parecen insignificantes y que no lo son..., y podría usted tropezar en ellos.

Satisfecha Pilar después de estas compasivas advertencias, condujo á la «miss» al elegante gabinete de la dama; la cual, envuelta en una bata azul cubierta de riquísimos encajes, se hallaba recostada muellemente en una meridiana. Los niños jugaban, arrastrándose por la hermosa alfombra de terciopelo, y sólo habían sido admitidos en el cuarto de su madre para evitarle á ésta la incomodidad de salir de la habitación, pues ella misma quería dejarlos en manos de la nueva institutriz.

La ilustre señora, fuera del tiempo que pasaba en saraos ó veladas teatrales, vivía en perpetuo estado de postración. Continuamente se quejaba de los deberes que le exigía su posición; de los sacrificios que le imponía la sociedad y de la eterna y fatigosa cuestión del vestir; pero se hubiera aburrido de muerte si la hubieran obligado á quedarse un solo día en su casa. Nunca tenía un tanto libre que dedicar al cuidado de sus hijos: ¡era tan grande, tan despótica, la tiranía de su vida social! ¿Quién podía sustraerse á sus rígidas imposiciones? Por eso no veía á los niños sino unos instantes por la mañana, cuando entraban á darle los buenos días y á enterarse del estado de su preciosa salud. ¿Cómo iba ella á entretenerse en estos cuidados propios de las niñas é institutrices, si estaba gravemente ocupada en los lazos del vestido, en

las plumas del sombrero, en el color de aquella falda de la marquesa de H* ó de la condesa de X*?. La educación de los sentimientos, como la de la inteligencia, se pagan con unos cuantos duros al mes, y ya hay por el mundo infelices siempre dispuestos á educar hijos ajenos.

Al entrar Rita y Pilar en el gabinete, la condesa se apretaba los oídos con sus manos ricamente ensortijadas; pues la niña mayor, mostrándole un libro, se empeñaba en que su madre le explicara algo que no entendía; la segunda chillaba porque le vistiera la muñeca, mientras los dos menores, á sus pies, se zurraban de lo lindo, dando muestras patentes del vigor de sus pulmones. Al ver entrar á la nueva institutriz tanto la madre como los niños se quedaron mirándola con curiosidad. En tan crítica situación poco le importaba á la señora que aquella fuese guapa ó fea, joven ó madura; lo esencial era que la librase pronto del terrible tormento de los chiquillos. Pero no estaba mal que fuese como era; tanto como la elegancia de los muebles y carruajes, daba *tono* á la casa un personal de servicio arrogante y *vistoso*; y esto no quitaba para que, por celos ó envidia, arremetiera contra las institutrices y doncellas en proporción directa de sus cualidades físicas; la más bella era siempre la que más tenía que sufrir la tiranía y el nerviosismo de la señora.

—«Mademoiselle,» supongo que habrá usted hecho el viaje cómodamente. Pensé enviarle un carruaje á la estación, pero se me olvidó dar la orden: puede usted añadir el gasto del coche á los demás, y entregar la nota de ellos al mayordomo, que se encargará de abonárselos... Dará usted clase á Nora y Pepita, pues Irene es aún muy pequeña; pero deseo que hable usted en francés con las tres. Mis hijos están muy atrasados, porque ya es sabido que cuando la madre no se puede ocupar en su educación, siempre resulta ésta defectuosa. Tómese usted todo el trabajo que exija el atraso en que se hallan, que yo no regatearé la recompensa; pero no canse usted demasiado á los niños. ¡Nora! ¡Pepita! ¡Irene! Venid á saludar á «mademoiselle.»

Los niños se acercaron tímidamente, con los ojos clavados en Rita, la cual les preguntó besándolos afectuosamente:

—¿Me querréis un poquitín?

La dama añadió en tono frío y duro:

—Le confío la educación de mis hijos, y espero que corresponda usted bien á esta confianza. Trace usted el plan de estudios, y cuando lo haya terminado démelo para que yo lo examine y apruebe. A las nueve tomará usted el desayuno con los niños; luego dará usted clase hasta las doce: á esa hora almorzamos. De dos á cuatro saldrán ustedes á paseo, y, después de merendar, estudiarán hasta las siete. Luego comeremos, se acostarán los niños y es usted dueña de su persona.

Al acabar tan elocuente discurso, la dama dejó caer lánguidamente entre los cojines, como agotada por el esfuerzo; pero aún dijo, con voz apagada:

—Enseñadle á «mademoiselle» el cuarto de estudio.

Y con una ligera inclinación de cabeza dió por terminada la entrevista.

Rita iba á retirarse con las tres niñas mayores, cuando vió que la menor se le agarraba á la falda. La madre se enderezó un poco.

—Pilar, llévele usted la niña al ama.

—No quiero, no quiero, gritó la pequeña pateando.

Rita se volvió entonces á cogerla, pero Pilar la disuadió.

—No lo haga usted si no quiere tenerla encima todo el día; para eso ya están el ama y la niñera, que no tienen que hacer otra cosa.

El cuarto de estudio era una habitación hermosa y bien ventilada, provista de bancos, pupitres, mapas y todos los útiles de enseñanza. Rita preguntó á las niñas:

—¿Sois más hermanos?

—Sí, tenemos un hermano mayor, que va al colegio y que se llama Luis; pero nosotros no le queremos nada, porque todos le dan la razón aunque sea malo, y se cree que como es mayor puede mandar en todas nosotras.

—Pues tenéis que ser muy buenas y complacientes para no darle motivo de queja ni os haga rabiarse; y así todos os darán la razón á vosotras, aunque no os lo digan.

Las niñas movieron la cabeza con incredulidad.

—Buena, ahora enseñadme el cuarto de distracción, donde tendréis vuestros juguetes... Siempre que seáis aplicadas en clase pasaremos juntos al cuarto de los juguetes y nos divertiremos mucho.

Rita no supo el terreno que se había conquistado en un momento en el corazón de los niños con el

inesperado «pasaremos juntos.» Aquella habitación de asueto, á pesar de estar cuajada de muñecas y otros juguetes preciosos, no era para los chiquillos sino una especie de cárcel, en que estaban condenados, todos los días, á pasarse solos unas cuantas horas; pues tanto las amas como las niñeras, después de encerrar allí á la gente menuda, huían á la cocina á disfrutar del holgorio que se armaba en cuanto desaparecían los señores.

—«Mademoiselle,» ¿de veras se estará usted aquí con nosotros?, preguntó Norita con incredulidad mirando fijamente á la institutriz.

—Sí, estaré siempre que seáis aplicadas y obedientes; pero si no lo sois os dejaré muy pronto.

—No, no; usted se quedará con nosotros; tiene usted una cara muy amable y cariñosa... No se parece usted á las otras institutrices que llevan anteojos y están todo el día de mal humor.

Sentóse Rita en una silla baja, y á su lado se colocaron las niñas, que fueron diciéndole el nombre y contándole la historia de las diferentes muñecas; y cuando más entretenidas se hallaban, abrióse la puerta y entró en el cuarto un caballero alto, moreno, de gallarda presencia, el cual contempló sonriendo el hermoso grupo que formaban las niñas y Rita, que se pusieron en pie como movidas por un resorte.

El rostro del caballero, que, por la expresión habitual, era demasiado enérgico y sombrío para agradar, podía llamarse bello y agradable en aquel momento; su barba negra y espesa, sus cejas pobladas, su espaciosa frente surcada por una arruga profunda, descubrían el hombre de talento, que piensa y trabaja; su boca apretada y su nariz recta y grande denotaban al hombre de voluntad tenaz y de firmeza inquebrantable. Los ojos claros y penetrantes formaban con lo moreno de la tez y lo negro del cabello y de la barba un contraste singular y hacían su fisonomía sumamente interesante.

Las niñas permanecieron un instante silenciosas al lado de Rita, y luego se acercaron á besarle la mano al recién venido diciendo en francés:

—Buenos días, papá. ¿Qué tal has descansado?

Y Nora añadió tímidamente:

—Esta es nuestra nueva «mademoiselle...»

Rita bajó los ojos, creyendo haber leído en los del conde que la nueva institutriz estaría mejor jugando á las muñecas que no educando niñas, y hasta le pareció que la miraba con expresión burlesca. Temió entonces por su cargo y sintió como plomo todo el peso de la mirada severa del prócer. Temblando de angustia alzó de nuevo la vista... El conde le alargaba la mano mirándola afectuosamente:

—Quiera Dios, «mademoiselle,» que no se haya usted impuesto una carga demasiado pesada; porque es usted aún muy joven.

—Sí, señor, contestó Rita llena de miedo; pero en cambio he estudiado mucho...

Estas palabras y el tono y la precipitación con que fueron dichas, hicieron sonreír al conde, el cual dijo:

—Eso no lo pongo en duda.

Su mirada penetrante observó un momento el rostro de la joven, fiel espejo de su honda emoción; luego inclinóse cortesmente y salió, cerrando la puerta detrás de sí. Rita se quedó pensando:

—¿Cómo es posible que se hayan unido estos dos seres tan opuestos? ¡Qué extraño! Si parecen el fuego y el agua, ó el día y la noche... ¡Pobre hombre! Es decir, acaso fuera mejor decir «¡pobre mujer!» pues lo probable es que se haya casado con ella por su dinero...

La niñera vino á cortar el hilo de estas reflexiones.

—«Miss,» es la hora de vestir á los niños para la mesa.

—Nora, dijo Rita á la niña, harás el favor de acompañarme á mi cuarto, y vendrás luego á buscarme para ir al comedor.

Las tres quisieron acompañar á la institutriz, rodeándola como tres falderillos; pero Rita decidió inmediatamente la cuestión:

—Me basta Nora, y vosotras cumpliréis lo prometido yendo á vestirlos como niñas buenas y obedientes.

Las pequeñuelas miraron con envidia á su hermana mayor, que, orgullosa de la distinción, había rodeado con su brazo la cintura de Rita. A ésta la colocaron á la mesa entre sus discípulas, pues para el almuerzo rara vez había convidados. El criado al servir miró interrogativamente á su ama, no sabiendo si debía presentar la fuente al señor antes que á la institutriz; pero la dama se empeñó intencionalmente en no advertir la vacilación del criado, á quien el conde sacó del aprieto diciendo:

—A «mademoiselle.»

La ilustre condesa puso cara de vinagre; pero la orden debía ya ser regla para lo sucesivo.

—¿Y Luis?, preguntó el conde á su esposa.

En aquel momento se abrió la puerta y entró en el comedor, como un torbellino, un muchacho, verdadera imagen de la salud y de la belleza, y Rita al verlo se explicó la marcada preferencia de los progenitores. El muchacho era el vivo retrato de su padre; pero lo que en éste había de severo, y aun de sombrío, estaba animado en el primogénito por la luz primaveral y la alegría de sus quince años. La madre, en vez de amonestarle por su tardanza, sólo supo decirle:

—¿Cómo vienes tan tarde? ¿A que Paco se ha retrasado en ir á buscarte?

—Nada de eso, mamá, la culpa es mía. Me quedé á ayudar á Pepín contra unos cuantos chicos: es que cuando le pregunta el director alguna cosa, no sabe mentir y lo cuenta todo como sucede; por eso se había unido toda la clase para darle una zurra de primera; y yo que lo supe, viéndole solo contra todos, le ayudé á repartir, y créeme que la han llevado buena...

El conde, acariciando á Luisito y cayéndosele la baba, dijo:

—Vaya, no seas fanfarrón, que también á ti te habrá tocado algo.

—¡Claro que sí! Pero he devuelto ciento por uno. Lo malo es que nos iban á encerrar á todos por orden del director; pero hemos escapado, y cuando él sepa que soy de la pandilla, no se atreverá; no temo el castigo.

Diciendo esto miró á la nueva institutriz con arrogancia, en actitud de desafío; y añadió, después de contemplarla unos segundos:

—Tampoco á usted le tengo miedo, «mademoiselle.»

—¡Ah! Pero tú á mí no me asustas, contestó Rita sonriendo bondadosamente; aunque seas muy joven, supongo que serás caballero, y como tal no podrás ofender voluntariamente á una señora, sea ésta quien quiera...

La condesa, llena de asombro, levantó la vista: no podía concebir que una persona extraña, pagada por ella, se atreviese á dar opinión sin estar expresamente autorizada. Quedóse un momento pensando cómo apagarle los humos á la atrevida joven, cuando se le adelantó el conde para decir:

—Ya ves, Luisito, lo que se espera de ti á pesar de tus pocos años; es preciso que «mademoiselle» no se equivoque.

Luego, volviéndose á su esposa, preguntó:

—¿Qué has dispuesto para esta tarde?

—¡Ay! Estoy deshecha. Preferiría quedarme en casa, pero tengo forzosamente que visitar los almacenes; mañana vendrá «madame» de la Côte con los últimos figurines y conviene que me halle enterada de los precios corrientes; pues suele encarecer las cosas de un modo horrible.

—Y ¿por qué no te viste otra?, dijo el conde en tono burlesco. ¿O es que no hay más modista que «madame» de la Côte?

—¿Cómo me ha de vestir otra? Lo que hace «madame» es siempre «la última» y..., vamos, lo que no sale de sus manos es horriblemente cursi.

—Entonces está muy bien que os haga pagar cara vuestra tontería.

—¡Claro! Si para vestir tuviéramos la misma facilidad que vosotros, que con el frac ó el uniforme estáis despachados... En nuestra indumentaria hay que mirar mucho el corte, el color, los adornos..., y, además no podemos llevar muchas veces el mismo vestido.

—Lo gracioso del caso es que ni siquiera hacéis tantos sacrificios en honra nuestra, pues los hombres consentiríamos gustosos en que os vistierais con más sencillez y mayor comodidad...

—Vaya, vaya, ¡como si nunca te hubieran seducido á ti las perlas y los brillantes!, dijo la dama con displicencia. Y luego, volviéndose alternativamente á sus hijos y á Rita: Luis, ya es hora de volver al colegio; y usted «mademoiselle,» prepárese para salir de paseo con las niñas. ¿Tiene usted reloj?... ¿No? Pues llévate el tuyo, Nora... Le advierto á usted que exijo de mis subordinados la mayor puntualidad.

El rostro pálido de nuestra linda «mademoiselle» se cubrió de carmín al oír el tono autoritario y duro con que la condesa hacía sus advertencias y daba sus órdenes. Después exclamó ésta, cuando se quedó á solas con su marido:

—¡Qué molesto es tener personas extrañas á la mesa!

—Pues ya debes haberte acostumbrado á ello, contestó el conde con indiferencia. ¿No dices que te aburres cuando no hay convidados ó no tienes gente á tu alrededor?

—Mis invitados son personas de mi amistad ó de nuestras relaciones, que no irás á colocar á la altura de una persona pagada.

—Entonces ¿es que te has propuesto considerar a esa señorita como una criada más, aunque sea la primera de ellas?

—Naturalmente, contestó la dama disimulando un bostezo.

El conde quiso replicar con viveza, pero, dominándose, continuó en tono aparentemente sosegado:

—Aunque no sea más que por nuestro propio interés, debemos considerar y respetar a la persona a quien confiamos la educación de los niños, y asegurarle así su autoridad ante ellos; cosa que, como comprenderás, es imposible si la excluimos de la mesa. Y creo, y ya te lo he dicho varias veces, que la institutriz debe ser, más que nada, la amiga y confidente de la madre de sus educandos.

—De la madre..., ó del padre, replicó amoscada la condesa. Sería lo mismo, añadió al notar el entrecejo fruncido de su esposo.

—Sí, tienes razón, debiera ser una misma cosa; es decir, si entre el padre y la madre reinara una perfecta armonía, un verdadero lazo que los uniera interiormente.

La condesa no pudo pensar que las palabras de su marido encerraran un reproche: ella creía cumplir debidamente sus obligaciones mientras no faltara a los «deberes» de su posición social; y se suponía buena ama de casa revisando la lista de la comida que el cocinero le presentaba todas las mañanas, y en la cual siempre tenía algo que censurar ó corregir.

Por otra parte, había dado pruebas de ser una excelente madre de familia proporcionando a sus hijos las mejores nodrizas gallegas y asturianas, cuyas insolencias había soportado con una paciencia verdaderamente angelical; viviendo en paz y concordia con su marido, á quien había aportado un fortunón incalculable; repartiendo limosnas como se reparte el pan bendito; perteneciendo á gran número de asociaciones benéficas; yendo todos los domingos á misa de doce á las Calatravas, y asistiendo puntualmente á todas las novenas y fiestas religiosas organizadas por las damas de la aristocracia.

Si de vez en cuando había aceptado un perfumado *billet doux* ó un tentador ramo de orquídeas, no había sido más que por «distraer» un poco su espíritu cansado, por «variar» algo en la eterna lectura de novelas transpirenaicas, como variaba en sus diversiones, asistiendo un día al teatro, y otro á los salones de la nobleza.

De la misma libertad de que disfrutaba su ilustre esposa, gozaba también el conde; el cual, indiferente á los halagos de la danza y á los atractivos de las reuniones, vivía engolfado por completo en sus negocios y empresas financieras. Cada cónyuge seguía su vocación y andaba por su camino, pero ante «la sociedad» se mostraban con toda la corrección de un matrimonio á la moderna. Ambos se habían adaptado á este género de vida, sin tomarse el trabajo de considerar las consecuencias que pudiera tener para los hijos.

Pero al conde se le habían abierto repentinamente los ojos al sorprender el grupo encantador de las niñas y la institutriz en el cuarto de los juguetes: aquella placidez, aquella confianza con que las pequeñas rodeaban á Rita, le hicieron comprender lo mucho de que carecían sus hijos. ¿Lograría la joven montañesa llenar tan inmensa laguna? Él creía que sí; pues había reconocido en ella, en lo poco que pudo observarla sin ser impertinente, una muchacha candorosa y buena que unía á sus pocos años mucha seriedad, delicadeza en el trato y carácter noble, que quizás había pasado ya por el crisol del infortunio.

—¡Dios quiera que dure!, dijo el conde para sí, mientras tomaba, de manos de su esposa, la taza de café que ésta le ofrecía.

* * *

Rita disfrutó lo indecible con las niñas en el Retiro. El hermoso parque madrileño bullía de gente; y la joven, huyendo de las miradas donjuanescas y de los chicoleos de los moscones, buscó un lugar apartado en la espesura. Allí, solas las cuatro, jugaron al escondite y á las cuatro esquinas, y tanto se divirtieron que, sin sentirlo, llegó la hora de regresar á casa, adonde llegaron todas con los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

Pero aunque se creyeron solas, no faltaron cuatro ojos que, perdidos entre los troncos de los árboles, estuvieron observando desde lejos las expansiones infantiles de Rita y sus discípulas.

A las cuatro en punto hallábanse todas nuevamente reunidas en el cuarto de estudio. La institutriz se dispuso á medir la extensión de los conocimientos de la gente menuda, y pronto respiró con satisfacción: no sabían nada, absolutamente nada; así es que

la ciencia de Rita llegaba y aun sobraba para muchos años.

Mientras escribían las niñas púsose á trazar el plan de estudios que le había pedido la condesa; y cuando ésta, á las seis y media, volvió á casa, Nora entró á presentárselo á su mamá. Por una casualidad extraña, hallábase también el conde en el gabinete; la niña balbuceó una excusa y alargó la mano con el papel; mas la condesa le rechazó diciendo, con voz desabrida:

—Ya podíais saber, lo mismo tú que «mademoiselle», que vuelvo cansada de la calle y no estoy para atenderos. Aún tengo que mudarme para ir á la mesa... Deja ese papelucho sobre el velador, y otro día sé más considerada.

—Dámelo á mí, Nora, que yo también quiero saber lo que estudiáis, dijo el conde pasando la mano por la rizada cabecita de la niña y mirándola cariñosamente.

Esta inusitada caricia de su padre dejó á Nora muy perpleja; pues había creído hasta entonces que «papá» solo quería á Luis, para quien eran todos sus mimos y alabanzas. Pero, no obstante, se escabulló en cuanto pudo salir de aquella atmósfera opresora.

—El plan está muy bien pensado, dijo el conde, y creo que, aun sin mirarle, puedes dar tu «visto bueno.»

—¡Ah, no, eso de ningún modo! Varío siempre algo por sistema, para que no se envanezca la autora suponiendo que todo lo hace á la perfección: las institutrices son naturalmente presuntuosas y quiero que sepa que aquí tiene que amoldarse por completo á cuanto á mí se me antoje.

El conde, sin decir una palabra, se levantó y salió del gabinete, y fué á su despacho á fumar un buen veguero, cosa prohibida en las habitaciones de la condesa.

Rita había sabido ganarse el afecto de todos los de la casa, á excepción del de la señora. El conde parecía ignorar la existencia de la institutriz en la familia, y su saludo, aunque siempre cortés, era el más grave y reservado de todos. Más de una vez se le oía alabar los progresos de los niños, y era con ellos más afectuoso, por lo cual fué ganando poco á poco el cariño y la confianza de ellos, que antes le faltaba; pero nunca tuvo para Rita una sola palabra de aprobación; la joven hasta creyó haber observado que bastaba su presencia para que el rostro del conde tomara una expresión más dura, y su actitud fuera más fría que de costumbre y en todo opuesta á lo que era en la intimidad de la familia.

En cuanto á la noble señora, no resultó engañada la joven, que recordaba continuamente las humillantes palabras que le había dirigido uno de los primeros días de estar en la casa:

—No olvide usted un momento que es usted una persona pagada.

El orgullo de Rita estuvo entonces á punto de salir de sus quicios; pero acalló valientemente sus gallardías, y el soberbio aviso contribuyó á dar á la joven una modesta independencia que la sostenía en los momentos difíciles; pues no traspasando los límites de la corrección más exquisita, por grande que fuera el deseo de la condesa de zaherirla ó molestarla, nunca se le llegó á las manos la ocasión sin el riesgo de ponerse ella misma en ridículo.

De todas las pesadumbres y sonrojos que pudieran acarrearle estas insignes miserias de la aristócrata, resarcía á Rita la confianza y apego de los niños; pues también Luis había cedido al influjo bienhechor de la joven, convirtiéndose en un resuelto protector de ella. La servidumbre se le mostraba asimismo atenta y cariñosa, sobre todo Pilar, que la consideraba en parte como protegida suya y que había sabido limar la punta á muchas flechas que su ama había lanzado contra la institutriz, sin que ésta se hubiera enterado siquiera.

* * *

Pero el mayor consuelo de Rita eran las cartas de Alameda, que contestaba á vuelta de correo. Todos los meses, en cuanto recibía el sueldo, se lo enviaba á su madre por conducto de Carlos, y la pobre doña Rosita daba diariamente gracias al Señor por haberle concedido aquella bendición de hija.

Cayetano solía duplicar la cantidad sin que Rita ni sus padres lo supiesen; después de muchas súplicas, ruegos y discusiones, había convencido á Miranda de que debía proporcionarle este gusto, y el buen ingeniero prometió hacerlo así y guardar el secreto.

—Al fin y al cabo debía ser su yerno, decía Cayetano, y como tal hubiera tenido el deber de cuidar de ellos si no se interpone esa maldita herencia que nos ha separado; y, por otra parte, yo no perjudico á nadie: rodeo á mi mujer de todos los cuidados y go-

ces que puedo procurarle, satisfago sus menores deseos, y ella lo acepta todo con gratitud conmovedora. Silvia nunca pide ni exige nada; para la gente somos el matrimonio más feliz de la tierra, y estoy seguro de que mi madre se macera las rodillas dando gracias á Dios por nuestra ventura conyugal. ¿Cómo se va á comparar, un paisaje iluminado por la luz suave y pálida de la luna, con la comarca bañada por los rayos ardientes del sol? En ésta todo respira vida y fuego, mientras que en el primero, envuelto en su ambiente incoloro, reinan la tranquilidad y el silencio...

—Le sobra razón por encima de la cabeza, susurraba Alfonso al oído de Carlos, pero no debemos dársela de ninguna manera.

Un día Alfonso, agarrando á Cayetano por los hombros y sacudiéndole vigorosamente, le decía:

—Todo eso es sentimentalismo morboso, amigo... Si tuvieras que trabajar como un negro para aplacar el hambre de media docena de tragones que se te subieran por las rodillas pidiendo pan, ya se te irían de la cabeza esas tonterías... Es verdaderamente extraordinario, pero en eso está la maldición del dinero, que le da al hombre tiempo sobrado para anhelar lo que se halla fuera del alcance de su mano: tienes una mujer buena, cariñosa... ¡Si tuvieras la mía ya te lo dirían de misas! Te aseguro que ya te habría sacado del cuerpo todas esas majaderías.

Emilia se echó á reír y dijo:

—¡Como si eso fuera tan fácil! ¿No ves que cuando arranco la mala hierba por un lado, crece y se multiplica por otro? La verdad es, Alfonso, que no llego á comprender en qué punto nos habremos ennoblecido y mejorado mutuamente, como dicen que suele ocurrir entre matrimonios cristianos...

—En qué punto lo ignoro; pero, por mi parte, afirmo haberlo logrado, y si me atreviera á contradecirte alguna vez...

—¡Carta de Rita!, gritó Elsa entrando apresuradamente en la habitación; pero al ver á Cayetano añadió con cierta reserva:

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí?... Escribe muy contenta...

—¿Me permiten ustedes que oiga lo que dice, si no es indiscreción?, preguntó Cayetano.

—Se lo permitimos, pero sólo la última hoja...

Elsa leyó en alta voz:

«Vivo como un cronómetro, sometida á un rígido programa, y la condesa cuida, con la mayor solicitud, de que no me salga de él ni traspase los límites que me impone su voluntad. Sólo cuando se cree obligada á hacer alguna observación para cumplir con sus deberes maternales, se apresura á advertirme la fortuna que tengo con estar en su casa; pues á las personas «pagadas» suele tratárselas de modo muy distinto. Lo que no he podido averiguar aún es por qué escoge este agradable tema de conversación en el momento crítico de sentarnos á la mesa: probablemente por quitarme las ganas de comer; quizás porque me crea el objeto más digno de desahogar su mal humor después de alguna escaramuza con su marido, que calla prudentemente. Hoy se metió Luis á redentor mío al oír la acostumbrada observación de su madre:

«—Mamá, no hay razón ninguna para que digas que «mademoiselle» está tan bien con nosotros. ¿Qué alegrías ni diversiones le proporcionamos en casa? Las demás institutrices acompañan á los niños al teatro y suelen asistir á las reuniones... Si yo tuviera unas cuantas pesetas que me faltan... Pero para el domingo espero reunirlos, y entonces la convidaré al Real. Papá, ya podías ser generoso y adelantármelas hasta fin de mes, que las habré ganado con las notas del colegio. Te advierto que desde que repaso con «mademoiselle» las asignaturas, soy el número uno en la clase y de eso ni siquiera os habéis enterado...»

«El conde había sacado ya el portamonedas y lo puso delante de su hijo diciendo:

«—Toma, saca lo que necesites.

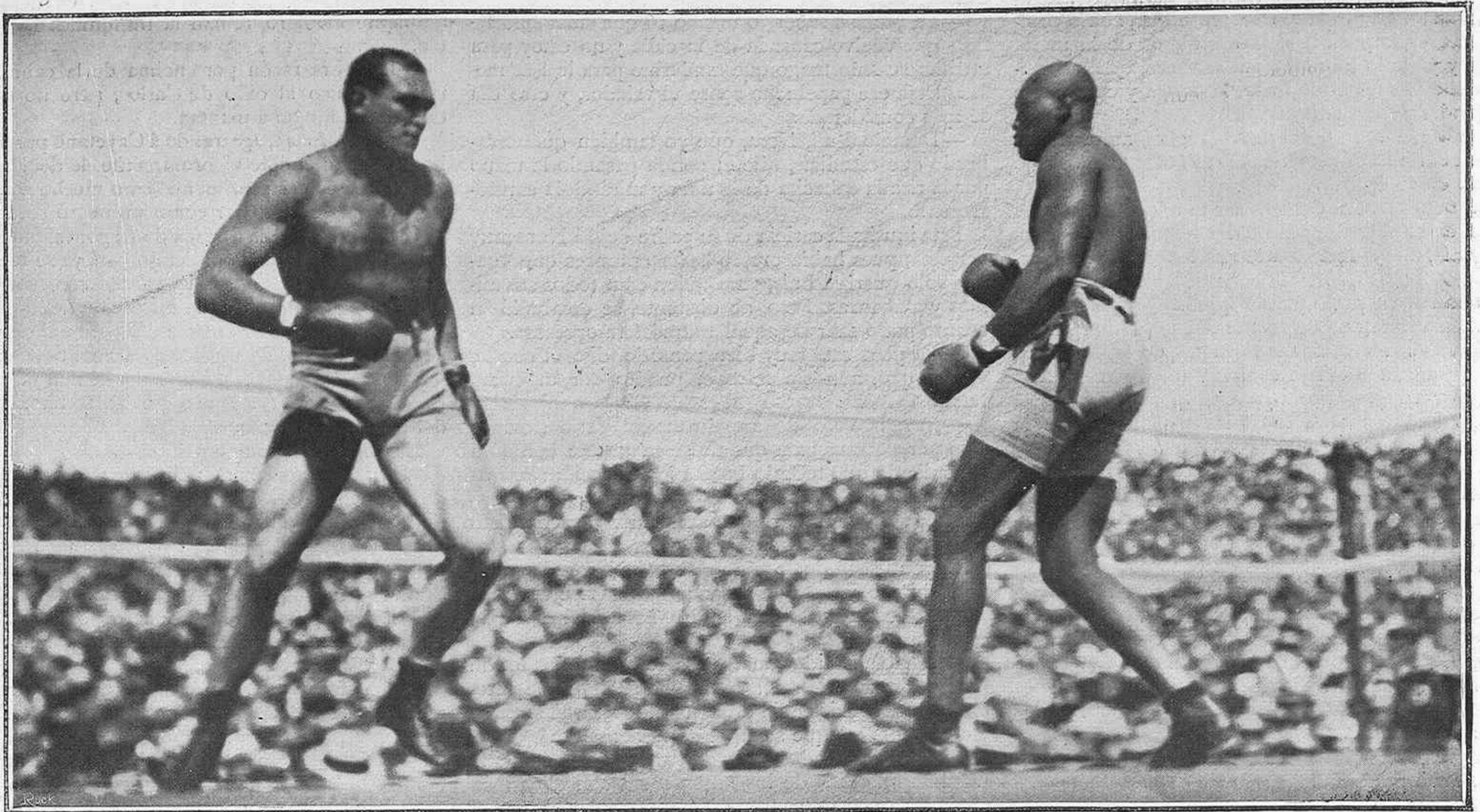
«Y por segunda vez volví á verle con aquella sonrisa amable y expresiva, que parece transfigurarle.

«De modo que hoy voy con Luis y Norita á la ópera, y esto me causa un placer muy grande. Lo único que temo es que si mi caballerito se empeña en defenderme en lo sucesivo, la señora mamá, en lugar de mandarme al teatro, me pondrá de patitas en la calle. Ya me dió á entender el otro día que es extraño que los niños se vuelvan cada vez más indiferentes para con ella, y advirtió que en todas mis acciones y omisiones debo contar antes con su consentimiento y beneplácito. En lo primero no puedo menos de darle la razón; pues ¿qué va á esperar una madre que sólo vive para el mundo y sus preocupaciones? Yo no sé cómo resiste la vida agitada que lleva, haciendo del día noche y de la noche día.

(Se continuará.)

EL GRAN MATCH EN QUE EL NEGRO JOHNSON CONQUISTÓ EL CAMPEONATO DEL MUNDO

Terminada la información que hemos dado en los últimos números, creemos que ha de interesar á nuestros lectores conocer algunos pormenores del gran «match» Johnson-Jeffries, uno de los más sensacionales efectuados de mucho tiempo á esta parte y en el que el negro Johnson venció al excampeón, el blanco Jeffries, conquistando el campeonato que actualmente ostenta. A este objeto reproducimos parte de la correspondencia que desde Reno, lugar en que se realizó el combate, escribió el mismo día, 4 de julio de 1910, Jorge Dupuy, el corresponsal especial del periódico «La Vie au Grand Air.»



El célebre match Jeffries-Johnson efectuado en Reno (Nevada, Estados Unidos) el día 4 de julio de 1910, en el que el negro Johnson derrotó al blanco Jeffries, excampeón del mundo que hasta entonces no había sido vencido nunca

El combate más famoso de boxe inglés que jamás se haya organizado, ha tenido lugar hoy en esta pequeña población minera del Far West americano entre las 2 h. 38 m. y las 3 h. 40 m. de la tarde.

El ídolo del Nuevo Mundo, el excalderero de Los Angeles, Jacobo J. Jeffries, ha sido, contra lo que todos esperaban, rotunda y cruelmente vencido, en quince rounds, por el negro Jack A. Johnson, de Gálveston (Texas). Johnson, admirable atleta, aunque de peso algo menor que Jeffries, ha dominado durante todo el match á su adversario, por su ciencia, por su agilidad y por su decisión.

La batalla se ha disputado al aire libre, en un campo inculto de las afueras de la población, bajo un sol de justicia. La arena era un circo de tablas capaz para 20.000 espectadores y estaba enteramente llena. Entre los periodistas y las autoridades se habían repartido 700 billetes de favor. El producto de la entrada ha sido de 227.000 dólares, hecho único en los fastos del pugilismo y aun en toda clase de explotaciones de espectáculos. Los organizadores, que han tenido que gastar mucho dinero, han ganado, sin embargo, 120.000 dólares; la suspensión de los trabajos de construcción de la arena en San Francisco, en donde el match debía efectuarse primitivamente, el transporte del material á Reno y la construcción del circo, les ocasionaron una pérdida de 150.000 francos. Mr. Tex Rickard, el principal promotor, calcula que unas 500 personas han podido introducirse en el circo por los intersticios de las tablas, durante el combate, y ocupar de pie algunos sitios en la periferia.

Las localidades fijas más modestas, sin asiento, en los extremos de la arena, costaban 50 dólares; había 7.500 y todas se vendieron. Las demás, hasta llenar enteramente el local, estaban tarifadas en 25, 30, 40, 50, 100 y 200 dólares.

Todos los campeones del mundo *heavyweights* presentes y pasados, desde el célebre Juan L. Sullivan, hallábanse en el *ringside* y han sido presentados

al público: Sullivan, Corbett, Fitzsimmons, Jeffries, Marvin Hart, Tommy Burns, Jack Johnson. Las demás celebridades que siguen á éstas en importancia, también han tenido los honores de la plataforma y sido presentados por el famoso *speaker* Billy Jordan, que, desde hace cuarenta años, anuncia todas las grandes batallas de boxe en América: Battling Nelson, Joe Gans, Tom Sharkey, Sam Langford, Stanley Ketchell, Abe Attell, Jimmy Britt, Bill Lang, Joe Choynsky, Bob Armstrong, etc.



El negro Jack Johnson, vencedor de Jeffries, y su esposa. Esta, que es una mujer blanca, bella y encantadora, asistió al match Johnson-Jeffries y no cesó un momento de animar á su marido con sus palabras y sus ademanes

Veintidós cinematografistas y más de ciento cincuenta fotógrafos han operado durante el match. Los concesionarios exclusivos de las vistas animadas habían puesto en acción diez y ocho aparatos; los otros cuatro han sido admitidos á última hora previo el pago de una cantidad enorme. El importe del permiso para los fotógrafos profesionales era de 1.000 fran-

cos. Tres operadores han inaugurado un sistema especial y económico, consistente en un mástil altísimo mantenido vertical por medio de cables de alambre de acero y en lo alto del cual un cinematógrafo movido eléctricamente dominaba la vista de todo el circo. Una combinación de espejos colocados detrás del aparato guiaba desde abajo á los operadores respecto del conjunto de la perspectiva abarcada y al movimiento de la luz.

Johnson estaba á 3 contra 1 en el *betting* y Jeffries á la par. Después del cuarto round, no se hizo apuesta alguna por Jeffries, entre las acometidas.

A petición expresa de Jeffries, el *ring* había sido reducido á la superficie de 22 pies cuadrados, cuando la dimensión consagrada por las reglas del marqués de Queensberry es de 24. El «gigante californiano» había obtenido también de la comisión deportiva del Club Máarathon de Reno, bajo cuyos auspicios se efectuaba el match, y aun de los mismos organizadores, que la tela de la plataforma se pintase de color encarnado obscuro á fin de evitar la oftalmía y las reverberaciones dolorosas que le hubiera podido causar, durante el combate, la tela blanca reglamentaria.

Finalmente, detalle asaz burlesco y que habla poco en favor de Jeffries, una ancha pantalla de tela de algodón obscuro y mango de bambú y sostenida por un ayudante, proyectaba sombra sobre el excampeón del mundo durante el minuto de los descansos. Johnson, en cambio, había rechazado riendo la oferta de este accesorio y muy cortesmente no quiso oponerse á que Jeffries lo utilizase.

Diferentes signos característicos habrían podido ilustrar la opinión de los deportistas americanos respecto de la insuficiencia de los medios de Jeffries, si el público del Nuevo Mundo no hubiese estado tan infatuado con la personalidad del boxeador, de una parte, y de otra no fuese tan vivo el odio que en América se siente por el negro. Esos signos son: Jeffries vendió, hace tres semanas, por

67.000 dólares todos sus derechos sobre la explotación de las películas cinematográficas; pues bien, si él hubiese ganado, como todo el mundo esperaba, la explotación de aquellas vistas habría durado indudablemente muchos años y producido más de 10 millones de francos. En esto hubo, pues, una prueba de falta de confianza en sí mismo de parte de «Su Majestad el Machacador.» y sin embargo, este hecho pasó inadvertido. Además, el calderero de California dió muestras durante los últimos períodos de su entrenamiento y particularmente en Reno, después que se hubo cruzado con Johnson corriendo por la carretera, de un temperamento áspero y brutal; no permitió que su esposa se le reuniera y echó de su casa á muchos periodistas y conocidos boxeadores. Por último, acabo de saber que Jeffries no durmió ni un segundo durante la última lucha, víspera del *match*, á causa del estado de nerviosidad y de angustia en que se encontraba.

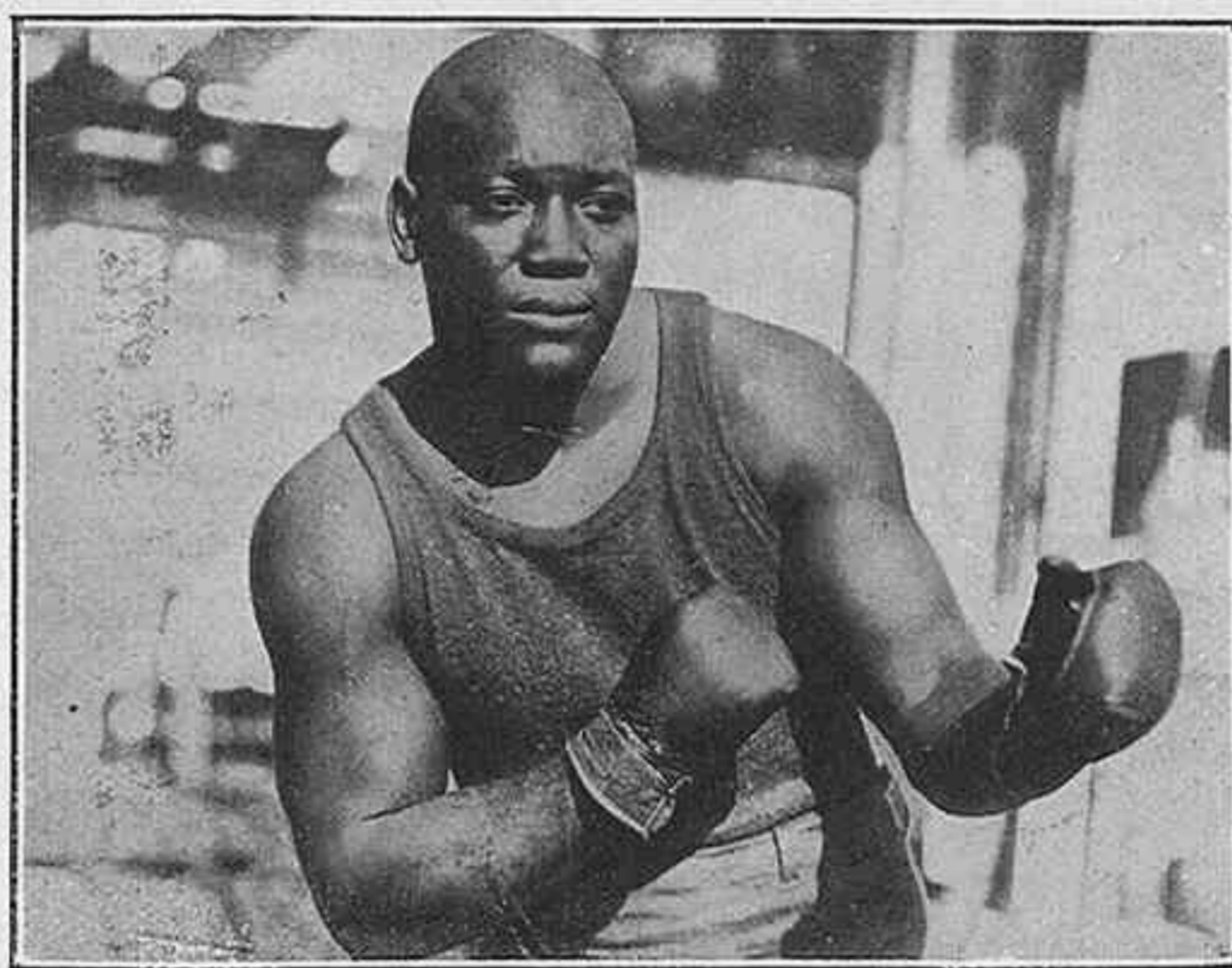
Jack Johnson, por el contrario, logró conquistar la amistad de cuantos le han tratado, aquí y en California; su buen humor y su confianza en sí mismo no le abandonaron ni un instante. Visítelo anteayer después de haber visto á Jeffries y nunca un atleta me produjo, respecto de su condición, una impresión tan excelente como ese magnífico etíope. Sabía yo que Jeffries, después de cinco años de inactividad pugilista, no podía recobrar su antiguo valor; es esta una ley fatal. Ese hombre ha sido grueso, ha pesado 375 libras inglesas y ha necesitado descender, á costa de un entrenamiento muy arduo, á 105 kilogramos. La edad, la respiración menos viva, la falta de ardor, el odio y el enervamiento han sido las causas de su mala suerte. Por otra parte, Jeffries fué siempre un boxeador poco diestro; Bob Fitzsimmons, á cuyo lado he estado sentado en el *ringside*, decíame que á pesar de las pacientes lecciones de Delaney, no supo nunca boxear y permaneció vulnerable. Su terrible *punch* izquierdo fué lo único que le dió la supremacía sobre los demás pugilistas. Fitzsimmons había cortado, desgarrado, chafado de un modo atroz la cara de Jeffries cuando su famoso encuentro de Carson-City.

Johnson, por su parte, para llegar á la conclusión de este *match* y procurarse ventajas, así desde el punto de vista financiero como por la gloria del título, ha engañado materialmente al público haciéndole creer que sus medios eran limitados, como por ejemplo en el curso de su *match* con Burns y de su encuentro con Ketchell. En realidad, no había desde 1907 un hombre en el mundo capaz de medirse con el gran pugilista negro. Jack Johnson tiene una gran inteligencia, un gran corazón, un gran valor, una gran ciencia del boxeo y un gran sentido de los negocios. Actualmente posee un millón de francos aproximadamente, sin contar con lo que le producirán durante más de un año las exhibiciones teatrales en América y en Europa, á 2.000 francos, por término medio, por exhibición.

Es muy probable que este combate de boxe sea el último de América; la victoria del negro causará seguramente motines y matanzas. La explotación de las películas cinematográficas será nula en los Estados Unidos.

El combate de Jeffries y Johnson es un ejemplo gigantesco del *bluff* americano. El orgullo personal del campeón blanco y el exagerado patriotismo de los yanquis habían arrastrado á la prensa y á todo el país á exageraciones de publicidad inusitadas. Jef-

fries ganó 200.000 dólares en tres años sólo con exhibirse en los teatros; seis meses antes del *match* inmensos carteles obstruían las calles de las grandes ciudades, encomiando por boca de Jeffries tal jabón ó cuales píldoras laxantes; con el nombre de «Clymic Water Company» formóse una sociedad para vender agua de manantial en botellas, que se titulaba *Proveedora exclusiva de Mr. Jeffries durante su entrenamiento*; inmensos cartelones representaban al



El negro Jack Johnson

más gran *prizefighter* sonriendo y elevando á la altura de sus ojos el agua límpida y bienhechora. Y esa misma gente había formado un tren especial para venir desde Nueva York á asistir al combate. Supongo que el viaje de regreso será menos alegre.

De Johnson casi nada se supo durante este período de espera. En Chicago, le detenían por exceso de velocidad de su automóvil y le condenaban á multas escandalosamente desproporcionadas al delito y que llegaban á veces á dos y á tres mil dólares. Este odio feroz al negro en América no variará nunca y me figuro que los lynchamientos se recrudecerán, porque, hablando en plata, Johnson ha zurrado á la América del Norte.

Hay aquí más periodistas que había en la guerra ruso-japonesa, me dice Jack London; los aficionados han acudido de todas partes del mundo y localidades de 1.000 francos no han parecido demasiado caras.

Durante el día de ayer, las oficinas de las compañías telegráficas, la Western Union y la Postal Wire, transmitieron 800.000 palabras como telegramas de prensa.

La arena ha comenzado á llenarse á las 10 y 15 de la mañana. Doscientos jinetes de la milicia de Nevada, trescientos *policemen* y un número por lo menos igual de *detectives* en traje de paisano están en su puesto dentro ó fuera de la arena. La multitud es imponente...

Las presentaciones de las celebridades deportivas que han venido á presenciar el combate han empezado á la 1 y 30; el último anuncio se efectúa á las 2 y 15 por el árbitro Tex Rickard, quien manifiesta al público que se ha concedido una prima de 10.000 dólares á los dos adversarios, en atención al buen resultado financiero de la explotación.

A las 2 y 38 aparecen los dos antagonistas, primero Jeffries, de pantalón, chaqueta y gorro; es saludado con los más formidables hurras y una orquesta de

cadetes de infantería toca el *Yankee Doodle*. Johnson se dirige al *ring* un minuto después. Todo está lleno; el calor y la luz son casi intolerables. Johnson salta al *ring* acompañado de sus segundos; viste una magnífica bata; sonríe y en apariencia está muy seguro de sí mismo. Mientras Jeffries, con la cabeza casi entre las rodillas y los brazos apoyados en las piernas, está sentado en su taburete en el ángulo Oeste á la sombra de su famosa pantalla, Johnson se pasea por la plataforma mostrando á sus amigos su espléndida bata. «Es un regalo de mi mujer, dice; no puede hacerse nada mejor, naturalmente.»

La colocación de vendajes en las manos y de guantes se hace muy rápidamente. Va á sonar el primer golpe de gongo; Jeffries está de pie; es enorme, inmenso, velludo, flaco, nudoso, terriblemente impresionante. El negro es de la misma estatura; sus brazos y su pecho son hermosos y tiene un aspecto de fuerza y de agilidad que no pueden menos de ser notados; es más delgado y más ligero que Jeffries, sobre todo en los miembros inferiores.

Jeffries se niega á estrechar la mano que le tiende Johnson.

A continuación explica el corresponsal de *La Vie au Grand Air* minuciosamente el *match*, *round* por *round*. Durante los cuatro primeros *rounds* la lucha resultó interesante, aunque desde luego se vió la superioridad del negro; pero á partir del quinto, el interés fué decayendo, porque mientras Jeffries, visiblemente fatigado, apenas podía causar algún daño á Johnson, éste, que no perdía nada de sus fuerzas ni de su serenidad, sacudía golpes cada vez más terribles sobre su adversario. Así llegaron los combates al décimoquinto *round*, que el citado corresponsal describe en los siguientes términos:

«Jeffries maquinalmente, á un paso de su ángulo, como embrutecido, se encorva en su famosa guardia baja, con el puño derecho extendido..., espera, sin saber de cierto lo que hace.

»Entonces Johnson se aproxima lentamente, con la seguridad de un Guerrita ante el toro de muerte y le levanta la cabeza de un fulminante *swing*. El campeón blanco gira sobre sí mismo y cae de espaldas inanimado delante de sus aterrados amigos, que por vez primera le ven en aquella posición. Una gran mancha de sangre inunda su rostro. Rickard aparta lejos de él á Johnson que espera, en guardia, como un tigre, que el otro se levante. Jack Jeffries, hermano del californiano, en un momento de exaltación, cuando va á contarse el séptimo segundo, salta al *ring* é incorpora á Jeff. Ni un grito de protesta en la multitud anhelante; todo el mundo está de pie. Jeffries procura con sus brazos, que apenas puede levantar, protegerse contra su negro verdugo; pero éste, rápido como el rayo, situado en el centro del *ring*, acaba con él por medio de cuatro ó cinco golpes variados, uno de los cuales desgarró una oreja del desgraciado boxeador blanco.

»Una lamentable masa ensangrentada yace de espaldas; un brazo se agarra á las cuerdas. Al décimo segundo, Johnson se baja para coger con precaución á su adversario, pero entonces se produce una gran confusión. Corbett, en el *ring*, agita un trapo blanco, como para hacer creer que el *knock-out* no ha transcurrido. Los segundos de Johnson se llevan á éste, que levanta los brazos hacia donde está su mujer, la cual, desde uno de los palcos, le llama y le envía besos.»

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núm. 255. Barcelona

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES
BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN
Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc.
Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBIANA

Escrita por D. FRANCISCO PI y MARGALL

Esta magnífica edición, ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc., se vende encuadernada en dos tomos de unas 1.000 páginas cada uno al precio de **85 pesetas**, pagadas á plazos.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA



Medalla de Nuestra Señora del Platin, patrona de los aviadores, obra de M. Jampolski
(De fotografía de la casa Vda. de L. Harlingue.)

Un exconsejero municipal de París, el Sr. Odelin, ha hecho construir no lejos de la playa del Bureau, en el barrio del Platin (departamento del Gironde) una capillita dedicada á la Santísima Virgen. Gracias á una feliz inspiración del fundador, que las circunstancias han favorecido plenamente, los aviadores han sido puestos bajo la protección de Nuestra Señora del Platin. Con este motivo se ha acuñado una artística medalla, en cuyo anverso se ve la imagen de la Virgen, con la inscripción «Nuestra Señora del Platin, protectora de los aviadores. Mírala y

emprende tu vuelo;» y en cuyo reverso hay una vista del pequeño santuario al que domina, desde lejos, el faro de la Coubre.

Muchos aviadores célebres llevan ostensiblemente esta medalla.

El obispo de La Rochela ha autorizado el servicio religioso de la capilla y otorgado su bendición á las medallas; además ha concedido cincuenta días de indulgencia á todos los que en el santuario recen un Avemaría por los intrépidos viajeros del aire.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

HISTORIA GENERAL de FRANCIA
ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

AVISO Á LAS SENORAS

EL ANIOL ^{DE LOS} ^{RES}
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHÉLIQUE -

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES 2^a St-Denis, 26

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico Inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVOIRE, DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.